

Retrato de grupo con credencial de elector

Imágenes de la democracia
2006, 2009, 2012



Fernando Escalante Gonzalbo

Retrato de grupo con credencial de elector

Imágenes de la democracia
2006, 2009, 2012

Fernando Escalante Gonzalbo

Instituto Nacional Electoral

Consejero Presidente

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

Consejeros Electorales

Lic. Enrique Andrade González

Mtro. Marco Antonio Baños Martínez

Dra. Adriana Margarita Favela Herrera

Dr. Ciro Murayama Rendón

Dr. Benito Nacif Hernández

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Lic. Alejandra Pamela San Martín Ríos y Valles

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Secretario Ejecutivo

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Titular del Órgano Interno de Control

C.P. Gregorio Guerrero Pozas

Director Ejecutivo de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

RETRATO DE GRUPO CON CREDENCIAL DE ELECTOR.

IMÁGENES DE LA DEMOCRACIA 2006, 2009, 2012

Fernando Escalante Gonzalbo

Primera edición, 2018

D.R. © 2018, Instituto Nacional Electoral

Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur

Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México

ISBN: 978-607-8510-69-6

El contenido es responsabilidad del autor y no necesariamente
representa el punto de vista del INE

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

Contenido

Ciudadanos imaginarios.....	7
Auge y caída del IFE.....	17
Descripción de los libros.....	49
Algo sobre el lenguaje de los libros.....	69
2006: el año de la crisis.....	81
2009: dolores de crecimiento.....	121
2012: el último informe.....	157
Últimas páginas.....	183
Bibliografía.....	191

Ciudadanos imaginarios

1

Hace veinticinco años escribí *Ciudadanos imaginarios*. El motivo fundamental del libro, y de ahí el título, era el contraste entre las representaciones culturales y las prácticas políticas. En particular, por supuesto, las representaciones de la ciudadanía, que era una de las claves del lenguaje político del siglo XIX. Basta con el repaso más superficial. En la prensa, en los discursos, en las proclamas de los pronunciamientos están siempre los ciudadanos, y siempre adornados con toda clase de virtudes: patriotismo, responsabilidad, abnegación, valor.

Desde luego, era una imagen desorbitada. En buena medida, una idea literaria, que correspondía al lenguaje del republicanismo de los clásicos griegos y latinos, que se había puesto de moda nuevamente con la Revolución Francesa, y con las

guerras de independencia de América. Como es lógico, esa idea chocaba con las prácticas políticas de la sociedad mexicana que por contraste parecían inevitablemente corruptas, inmorales, si no es que salvajes. Por eso era tan frecuente que políticos, periodistas, escritores, se quejasen de la inmoralidad de los mexicanos. Hay que decir que la misma imagen, igualmente desorbitada, aparecía en el lenguaje político de casi cualquier sociedad occidental del siglo XIX, y era igual de fantasiosa en Francia, en España o en Estados Unidos.

El problema no era sólo la rutina de las prácticas clientelistas, corporativas, comunitarias, sino los constantes cambios de gobierno, los golpes de estado, los pronunciamientos, todo lo que hizo que esos años, hasta bien pasado el medio siglo, se llamasen en los libros de texto los años de la anarquía. La verdad es que no había anarquía ninguna. La violencia mexicana de ese tiempo no era nada comparada con la de Argentina, por ejemplo. Pero sobre todo, si se mira bien, lo que llama la atención en el periodo es precisamente el orden –de eso se trataba mi libro.

Hay algunos hechos notables que suelen pasarse por alto, como la regularidad con que se convocaban las elecciones, o que, con todos los cambios de gobierno, el congreso sólo fuese disuelto una vez en ese medio siglo. Pero sobre todo el orden se deja ver en esas prácticas tan poco cívicas, y que tanto amargaban a la clase letrada. Los campesinos, los hacendados, clérigos, soldados, no se comportaban como ciudadanos romanos, como los ciudadanos romanos que imaginaba Tito Livio, pero seguían pautas normativas bastante claras, había sistemas normativos para cada grupo, había reglas también para ordenar las relaciones entre los diferentes grupos sociales. Y algo más. Ese orden no era la guerra de todos contra

todos, pero tampoco el imperio de la inercia. En todo momento hay una intensa participación política: particularista, de intereses muy locales, pero que tomaba en cuenta el escenario nacional.

Siempre me llamó la atención un pronunciamiento de los ópatas de 1828. Exigían la recuperación de sus tierras. Pero lo interesante es el lenguaje en que lo pedían. Porque se llamaban a sí mismos “la nación ópata”, y decían que para ellos “no había habido independencia”, porque la tierra la seguían teniendo los mismos de antes. Es claro que han asimilado el lenguaje político letrado, y que saben emplearlo. Es un ejemplo entre muchos.

En resumen, los ciudadanos que invocaban a cada paso los escritores, los políticos, eran imaginarios: no había cincinatos ni brutos. Ahora bien, la fijación con ese ideal de la ciudadanía impedía ver el ejercicio concreto de la ciudadanía. Impedía ver que tras el aparente desorden había una sociedad activa, exigente, que protestaba, denunciaba, que exigía lo que consideraba sus derechos. Y como es natural, buena parte de aquellos prejuicios, de los ideales y fantasías de entonces, pasaron a la historiografía, porque muchas de aquellas ideas han seguido vivas, retóricamente, hasta la fecha, con el resultado de que no se han podido ver como ciudadanos, ni siquiera como propiamente políticos los modos de participación del siglo XIX.

Pero hay un matiz que conviene tener presente. Esos ciudadanos imaginarios, que no existían en la práctica, existían sin embargo en los discursos, en la prensa, existían sin duda en la cabeza de la clase política y de buena parte de la sociedad también. Quiero decir: pensaban que eran posibles esas

virtudes, que eran deseables, pensaban de hecho que existían en el mundo civilizado –en el que imaginaban como el mundo civilizado, se entiende. No es difícil, leyendo los documentos, encontrarse con Lorenzo de Zavala o Valentín Gómez Farías, por ejemplo, haciendo el elogio de las virtudes cívicas en la prensa mientras estaban arreglando, en su correspondencia, la elección de la semana siguiente. No era hipocresía. En todo caso, llamarlo hipocresía no es más que plantear en otros términos el mismo problema. Porque el hecho es que ese ideal, la ciudadanía imaginaria, espejo de virtudes, cumplía con una función en el espacio público, servía para justificar las instituciones, para denunciar prácticas, para articular ideas y proponer leyes.

La ciudadanía era un ideal que servía para ordenar el lenguaje político.

2

En aquel momento, en los primeros años noventa, el interés del tema no era sólo histórico (aunque hubiese alguna novedad en el esquema de interpretación). Eran los años de lo que se dio en llamar la “transición democrática”, en los que surgió de nuevo con fuerza el lenguaje del republicanismo clásico, y con él la imagen del ciudadano como modelo de virtudes. Sin forzar mucho las cosas podría decirse que el lenguaje político tenía similitudes significativas con el de principios del siglo anterior, en especial en una idea desorbitada, literaria, de la ciudadanía, que era la clave de bóveda de la retórica. Y obviamente era una idea que no se correspondía con las prácticas políticas habituales de la sociedad mexicana. En general, en esos años, se optó por negar la realidad.

En los setenta, con los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo, comenzó la larga crisis del régimen revolucionario. En diferentes planos, con diferente ritmo, fue una transición productiva, fiscal, administrativa, una transición política, que terminó provocando una gravísima crisis de legitimidad. El lenguaje del nacionalismo revolucionario, cuyos motivos básicos eran el Pueblo, la Nación, la Revolución, terminó de desacreditarse por los excesos retóricos, la rigidez de los rituales. En su lugar se impuso poco a poco el modelo cultural del neoliberalismo, es decir, el lenguaje de los individuos, los intereses, la racionalidad, la eficiencia.

En un primer momento, sin embargo, el impulso democrático encontró su idioma en el republicanismo clásico: ciudadanía, civismo, interés público, cuya sonoridad dio una aureola épica al momento.

Es importante anotar que la democratización no se presentaba como un programa político, en todo caso no como programa de partido, sino como una exigencia de la ciudadanía. El vehículo privilegiado para expresar esa exigencia no eran los partidos, sino la Sociedad Civil. Esa opción conceptual, ideológica, tiene importancia porque condiciona mucho de lo que viene después.

La expresión, Sociedad Civil, se había empezado a usar con frecuencia en todas partes, sobre todo como resultado de la crisis cultural de la izquierda. A falta de un sujeto revolucionario, como hubiera sido el proletariado, en la nueva sociedad industrial, la izquierda encontró en la Sociedad Civil un nuevo sujeto histórico que se organizaba fuera de los partidos, en lo que se llamaron los Nuevos Movimientos Sociales. Era también el sujeto insurgente en los países del socialismo real. En México en los

primeros años ochenta tenía sobre todo un uso académico, en referencia explícita a la obra de Gramsci, pero se puso en boga sobre todo como consecuencia del terremoto de 1985.

Aclaremos, por si acaso, que la Sociedad Civil es una comunidad imaginaria exactamente igual que lo son la Nación o el Proletariado. Tiene una existencia real, objetiva, indudable, para quienes la invocan, pero es una elaboración imaginaria, lo mismo que sus atributos.

En las semanas y meses posteriores al terremoto de 1985, para contar la historia se hizo necesario poner nombre a un nuevo sujeto, como figura heroica de esos días. Se dijo que el Estado no había sabido reaccionar, y que ante la inacción de las autoridades, la gente se había hecho cargo del rescate. Es un relato inexacto, pero resultaba atractivo. La nación era imposible, el Pueblo era un término demasiado cargado moralmente, culturalmente, sobre todo porque había que incluir a lo que llamamos clase media. Pero decir sencillamente la gente sonaba a poco. Así fue que vino a quedar como Sociedad Civil. No era el Estado, no eran los partidos políticos tampoco. El concepto remitía a un campo semántico amplio y ambiguo, de límites imprecisos, que sobre todo podía aureolarse de la neutralidad de lo que no es político. No político, no partidista, y por lo tanto de miras generales, puramente éticas. La asociación es inconsistente, pero eficaz.

En el uso que vino a ser habitual, la Sociedad Civil era por definición digna de confianza: virtuosa, no partidista. Las organizaciones de la Sociedad Civil eran las que recogían las causas de interés general (a diferencia de otras organizaciones, los sindicatos por ejemplo). Eso tuvo como consecuencia que el auge de la Sociedad Civil tuviese como contraparte

inevitable el descrédito de los partidos, y el descrédito de la política en general.

En ese contexto adquirió las connotaciones que tiene para nosotros la palabra “ciudadano”, y que tienen consecuencias que no son triviales. Algunas aclaraciones, para lo que sigue. Primera: la idea de la ciudadanía, lo ciudadano, la Sociedad Civil, forman parte del lenguaje de la transición democrática, se emplean sobre todo cuando se trata de la participación, y por esa vía se asocian a los motivos típicos del republicanismo clásico. Pero también forman parte del movimiento antiestatal y antipolítico, individualista, de la tradición neoliberal. Simplificando mucho, eso quiere decir por el anverso el ciudadano es quien se sacrifica por el bien público, y por el reverso es quien exige servicios de buena calidad porque paga sus impuestos.

Algo más. La palabra ciudadano, como sustantivo, remite en primer lugar a una definición legal, y en ese sentido es una categoría formal, objetiva, y en principio moralmente neutra: son ciudadanos quienes cumplen con los requisitos, y no importa si son buenas o malas personas, egoístas, cobardes o lo que sea. Pero es mucho más frecuente que se emplee como adjetivo, como en participación ciudadana, consejo ciudadano y similares. Y en ese uso está la carga ideológica, cultural, de la palabra. Ciudadano, como adjetivo, implica una serie de virtudes, que no podemos suponer que sean las de todos los que califican como ciudadanos. Así sucede, por ejemplo, que haya formas de participación política de ciudadanos mexicanos que no cuentan como participación ciudadana. Ciudadano como adjetivo supone una valoración, califica –y eso dio una coloración moral muy característica a la conversación pública.

Entre las virtudes ciudadanas, según la imagen que se hizo en México en el fin de siglo, tiene especial importancia la imparcialidad. Si algo se califica de ciudadano se quiere decir sobre todo que no obedece a ningún partido político, que no es partidista. Pero también se quiere decir que no pertenece al Estado. Es decir, corresponde a una esfera superior, desligada de cualquier forma de política.

No es obvio lo que eso significa. En la tradición republicana hay una arraigada desconfianza hacia las facciones, que se corresponde con la idea de que haya un interés público objetivo, único. El problema, por supuesto, estriba en que semejante idea es incompatible con una definición moderna de la democracia, y con más razón en el México de esos años, cuando una de las exigencias más importantes, eje de todo lo demás, era la de elecciones limpias, entre partidos competitivos, capaces de gobernar, con la posibilidad real de la alternancia en el poder.

3

Esa particular idea de la ciudadanía carga con un lastre particular a la transición democrática: la desconfianza hacia los partidos, como facciones, grupos interesados, que con facilidad se traduce en desconfianza hacia las instituciones representativas, dominadas por los partidos, y deriva finalmente en desconfianza hacia la política en general. Esa ambigüedad es fundamental para la cultura política del fin de siglo.

Desde los inicios de la transición en los años ochenta hay muestras muy evidentes de ese sesgo antipolítico. En particular, en la creación de mecanismos de participación o de control como alternativas a la representación parlamentaria.

Es lo que genéricamente se viene a llamar “ciudadanización”, que consiste en la integración de órganos “ciudadanos”, como el consejo de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, más adelante el Consejo General del IFE, el del INAI y otros, que se hacen cargo de vigilar al poder ejecutivo, con una autoridad distinta de la de los otros poderes –una autoridad que proviene de su calidad moral.

En su origen, está claro que la idea de crear esos organismos autónomos, ciudadanos, fue una consecuencia de la abrumadora mayoría del PRI en las cámaras, que hacía que no fuesen creíbles como mecanismos de control. Para acreditar su talante democrático, su voluntad de diálogo, su transparencia, el gobierno tenía que crear otras instituciones porque el congreso no servía para eso. Por otra parte, para la oposición, para quienes promovían el cambio de régimen, la vía parlamentaria parecía imposible por su lentitud.

Ciudadano es adjetivo. Lo que en primer lugar acreditaba a cualquiera de los miembros de esos órganos ciudadanos era que no militase, y normalmente que no hubiese militado nunca en un partido político, y desde luego que no fuese funcionario público, e idealmente que nunca hubiese sido funcionario público. En la práctica eso significaba que la participación política, en la política institucional, era un estigma. Aparte de eso, importaba que fuesen personalidades más o menos conocidas, para que su reputación añadiese credibilidad a las instituciones. Todo lo anterior tuvo como consecuencia que los órganos ciudadanos, sobre todo los de los primeros diez o quince años, se integrasen a partir de una pequeña elite, un pequeño conjunto de notables, en general periodistas, académicos, líderes de organizaciones civiles, algunos abogados, un conjunto de notables que son una especie de sinécdoque de la Sociedad Civil.

En su uso habitual, como sustantivo, la palabra conserva resonancias del ideal moral que hay en el adjetivo. Es claro que la ciudadanía es una condición formal, que no necesita, de hecho no admite otras calificaciones aparte de lo que establece la ley. Pero el sentido común dice que la condición ciudadana supone también un modo de conducta. No sé si parezca una minucia, no lo es. Es obvio en el lenguaje ordinario. Se puede decir: el ciudadano depositó su voto, el ciudadano manifestó su desacuerdo, pero no se puede decir: el ciudadano asaltó una tienda, el ciudadano lanzó un cóctel molotov, el ciudadano apaleó a la policía. Bien, se puede decir, pero con intención irónica. El ciudadano participa, pero no de cualquier modo: participa en las elecciones, obedece la ley, es tolerante, respetuoso del derecho de los demás. En cambio, las expresiones más tradicionales de la política popular: particularista, clientelista, en las lindes de la legalidad, no cuentan como prácticas ciudadanas. Eso significa que hay un enorme campo de acción política, de ejercicio de los derechos ciudadanos, que no se ve o no se reconoce como político. Algo similar a lo que sucedía en el siglo XIX.

En más de un sentido, estas páginas son una continuación de *Ciudadanos imaginarios*. El motivo central es otra vez la representación cultural de la ciudadanía. Sólo que en este caso me interesa sobre todo la elaboración imaginaria, y no las prácticas. Por otra parte, analizar las fantasías de nuestra transición democrática es un modo de arrojar luz sobre el contexto en que se escribió aquello.

Auge y caída del IFE

1

El Instituto Federal Electoral fue la institución central en la vida pública mexicana en las décadas del cambio de siglo. Central desde luego por su función, porque era el eje en torno al que giraba eso que se dio en llamar la transición democrática. Central también por la magnitud, la complejidad legal y administrativa, y por el costo del proyecto del IFE. Pero sobre todo porque las discusiones sobre las reglas electorales y la autoridad electoral ocuparon buena parte del debate político en esos años.

El diseño de los distritos electorales, los requisitos para la creación de partidos, el sistema para calcular el reparto de la representación proporcional, los mecanismos para verificar, limpiar, corregir el padrón electoral, o los procedimientos para el registro de candidatos, coaliciones, todo eso que son asuntos técnicos, para especialistas, a los que normalmente no se

presta mayor atención. En México fueron motivo de discusiones ásperas, largas, muy públicas, de las que surgió finalmente el IFE, y una complicada legislación electoral –que además cambiaría una y otra vez en los siguientes veinte años.

A partir de los ochenta, la democracia es el único recurso de legitimación aceptable: para el Estado, para el sistema político, para los partidos. No se propone ya ninguna otra cosa. Sucede algo similar en todas partes, pero en México más que la democracia lo que importa es la transición, el compromiso con la transición a la democracia, que implica no sólo una regla para la elección de representantes, sino una promesa de cambio que arrastra las expectativas más dispares –porque se suponía que la democracia era la clave para que cambiasen muchas otras cosas.

El lenguaje de la transición necesita proponer un futuro capaz de inspirar entusiasmo, y eso se hace en general a partir de conjeturas, modelos del sistema político, pero necesita también construirse un pasado: el Antiguo Régimen. Porque sólo así puede adquirir entidad la transición. Y una de las claves en la construcción simbólica del Antiguo Régimen es el fraude electoral.

El hecho básico, que sirve de premisa, y hace que el fraude sea evidente de antemano, es el triunfo constante, general, masivo, del PRI. Porque se supone que lo normal es la alternancia, resultados a veces confusos. Las mayorías absolutas, el carro completo de cámaras, gubernaturas, municipios, durante décadas no es razonable. O sea, que toda victoria del PRI es sospechosa. Pero además hay un extenso repertorio de chistes, anécdotas y fantasías acerca del fraude, un folclore de las elecciones que incluye toda clase de recursos: ratón loco, operación tamal, rasurado de padrón, y que hacen mucho más verosímil la idea de que el PRI se mantiene en el poder sólo por el fraude electoral.

La idea de que el régimen se hubiese mantenido durante setenta años mediante el fraude es poco razonable. La historia, eso lo puede saber cualquiera, es siempre mucho más complicada que eso. No obstante, en los años de la transición, la dimensión épica del cambio, y su fuerza legitimadora, en buena medida dependían de la invocación de esos setenta años de dictadura perfecta.

Puede parecer una simpleza, pero tiene una enorme importancia. Si el Antiguo Régimen se mantenía por el fraude electoral, el punto de apoyo para la transición tenía que ser el sistema electoral. Y eso hizo al IFE.

Por cierto, poner en duda la idea de que hubiese un fraude electoral masivo durante 70 años, poner en duda la construcción simbólica del fraude electoral no quiere decir que no hubiese fraudes electorales. Tan sólo que a partir de los fraudes reales se construyeron también fraudes imaginarios. Y a partir de ahí se crearon expectativas desmedidas sobre el poder de los procedimientos (y se terminó pidiendo al IFE lo que no podía dar).

2

El problema mayor, en el que se concentró el esfuerzo de la transición, era el control que tenía el gobierno sobre los procedimientos electorales, desde el reconocimiento de los partidos hasta la elaboración del censo electoral, la integración de los órganos, el recuento y la calificación de las elecciones. A ese control se atribuía muy lógicamente la inequidad y la opacidad de los procesos. No había ningún misterio: el partido oficial jugaba con los dados cargados, y por supuesto, ganaba siempre.

Estoy simplificando mucho, pero no me interesa hacer la historia de los cambios legales, reglamentarios, administrativos,

de la organización electoral, porque es una historia que ya se ha contado. No eso, sino una aproximación a la historia cultural de la transición, es decir que no me interesan tanto los hechos como las fantasías. Porque doy por sentado que hay algo de verdad en el teorema de Thomas, y que si algo es real en la imaginación de la gente, es real en sus consecuencias.

Para abreviar, en la formación del IFE hay implícito un ideal de transparencia, que se supone que es garantía de la imparcialidad. En primer lugar se procura la transparencia en la distribución de recursos a los partidos y el financiamiento de las campañas, en un empeño que llega finalmente a la prohibición de la publicidad pagada en radio y televisión –de modo que sea transparente el número de anuncios, y la pauta de distribución. Pero también se impone la transparencia en todos los pasos en el procedimiento electoral: el sistema de identificación, la elaboración del padrón electoral, la integración de las mesas. Y desde luego en la elección misma: papeletas, urnas, actas, recuento, impugnaciones.

Puede parecer una obviedad, pero hay que decirlo. La transparencia hace falta para eliminar la sospecha. Antes, en el Antiguo Régimen, todo era sospechoso porque todo era opaco, desde el financiamiento de las campañas hasta la cuenta de votos. Y de ahí la necesidad de hacerlo transparente. Me interesa subrayar eso: se trataba no sólo de eliminar el fraude, sino la sospecha del fraude –que es algo mucho más difícil de hacer, y nunca se consigue del todo. Por eso es importante para el IFE hacer publicidad de la transparencia.

Puesto en esos términos, el trabajo del IFE consistía en expulsar progresivamente la sospecha hacia el exterior del sistema institucional. Y en eso tuvo un éxito notable. Ya no estaba en

las credenciales, en el padrón, en las urnas, en la integración de las mesas de votación. Es imposible eliminarla por completo, pero poco a poco vino a quedar en la franja exterior del sistema: el financiamiento ilegal de los partidos, el voto corporativo, la compra de votos, es decir, todo lo que es imposible institucionalizar.

Ahora bien, lo que se hizo para eliminar la sospecha fue introducir capas adicionales de trabajo burocrático: reglas, procedimientos verificables, documentados. Significa que para cada uno de los pasos, en los procesos de identificación, organización, recuento, hay más información, más documentos, restricciones, más firmas, más instancias de verificación, con lo cual aumentan los requisitos y los procedimientos se hacen más rígidos. Todo lo cual produce la ilusión de un funcionamiento mecánico, en el que no hay margen para introducir decisiones personales. Y eso, la burocratización, significa transparencia.

En resumen, se trata de uniformar, formalizar, mecanizar, que equivale a despolitizar el proceso. El fantasma que se quiere conjurar es el de la política, el ideal al que se aspira es el de la burocracia: racional, inalterable.

En la retórica, la participación de la ciudadanía ha sido la clave de la limpieza electoral. Se ha dicho en todos los tonos que son los ciudadanos los que organizan la elección. La afirmación resulta engañosa. Porque esa participación de la ciudadanía no tiene nada de espontáneo ni voluntario, ni debe nada o casi nada a la virtud de los ciudadanos. En la práctica, para el día de la elección se recluta como funcionarios a decenas de miles de personas, que se integran en un organigrama, con funciones perfectamente definidas, con

reglas y procedimientos taxativos para todo, es decir, que se convierten en piezas de una maquinaria. No son ciudadanía, sino burocracia.

La culminación de ese enorme edificio burocrático, que tiene que garantizar la transparencia y la imparcialidad en última instancia, no es mecánica sino personal. No está en el procedimiento pautado, uniforme, inalterable de la burocracia, sino en el drama del Consejo General. Desde la creación del IFE, y en cada una de sus reformas, la atención pública se ha concentrado en la designación de los consejeros –concretamente, los que se llaman consejeros ciudadanos.

En lo fundamental, cualquiera de las discusiones del consejo se apoya sobre el trabajo de un extenso cuerpo técnico, pero las decisiones se toman muy públicamente en el consejo donde, entre otras cosas, se escenifica la lucha de la Sociedad Civil contra los partidos políticos. El forcejeo de los nombramientos tiene que ver con eso. El adjetivo ciudadano significa sobre todo que los candidatos no tienen militancia en ningún partido. El filtro cultural del republicanism, el de la antipolítica, añaden a eso una aureola de virtudes: dado que no pertenecen a ningún partido ni trabajan en el gobierno, se puede confiar en que sean honrados. Pero además hace falta suponer que les preocupa seriamente cuidar su reputación, porque ésa es la última garantía de que su neutralidad.

Algo parecido sucede en todas las sociedades modernas en los órganos superiores de administración de justicia, por ejemplo, donde se toman decisiones inapelables, de última instancia. Son instituciones que cuentan con algo tan poco moderno como el honor –y la preocupación por conservar

el honor. Por supuesto, es algo muy difícil de acreditar, sobre todo es difícil que el público lo vea. Y por eso viene a quedar la fama como sucedáneo de la reputación, y en los primeros consejos se busca sobre todo a celebridades, normalmente con presencia en los medios: prensa, radio, televisión. No estaba escrito, pero para ser consejero ciudadano también era importante ser al menos un poco famoso.

3

Volvamos al argumento. El IFE es una institución burocrática y su éxito estriba en la burocratización de los procesos electorales. Para dejar fuera cualquier forma de arbitrariedad, e incluso la sospecha de cualquier forma de arbitrariedad, se tiene que dejar fuera toda intervención personal, e imponer reglas de aplicación mecánica. Eso quiere decir que en el proyecto hay un implícito crucial: en el corazón del IFE, como fundamento de la credibilidad de los procedimientos electorales, está la confianza en el mecanismo burocrático.

No suele ponerse así porque la burocracia tiene mala prensa, pero el éxito del IFE es el éxito del sistema burocrático.

Creo que vale la pena detenerse un poco en esto. Estamos acostumbrados a la organización burocrática de los procedimientos para cualquier cosa, de modo que nos parece absolutamente lógica. Pero es una construcción cultural, sujeta a las mismas condiciones que cualquier otra institución. En la idea que nos hacemos de ella, la burocracia representa la racionalidad, la exactitud. En realidad, es una clase de conducta ritual: implica series de palabras, gestos, actos ordenados en una secuencia, pautados, y como todo ritual se caracteriza por la formalidad, la rigidez, la condensación convencional.

Ahora bien, como modelo detrás de la burocracia no vemos a la iglesia, sino a la máquina. La confianza que inspira la burocracia deriva de la imagen del mecanismo, suponemos que tiene o que puede tener la exactitud de una máquina. Si se piensa bien, no tiene nada de particular, porque es el mismo fundamento de la credibilidad que reclama para sí el Estado en todos los ámbitos. La imagen de la máquina justifica la condición trascendente del Estado: en la medida en que es un mecanismo que funciona metódicamente, los errores, los abusos son siempre de las personas concretas, no del aparato (como sucede con las infracciones de los religiosos, que vienen a ser siempre fallas individuales, que no afectan al carácter sagrado de la iglesia).

La perfección del mecanismo burocrático es siempre una aspiración inalcanzada, porque es imposible evitar la interferencia de personas concretas, y en general la interferencia de las circunstancias. El ideal sería una institución perfectamente cerrada, autorreferencial, un sistema que sólo remitiese a sí mismo. Porque sólo así se podrían eliminar las contingencias. Es la fantasía del *perpetuum mobile*: imposible, pero siempre presente, como un objetivo implícito al que no se puede renunciar –porque de esa idea depende la racionalidad del mecanismo. La burocracia tiene que hacer caso omiso de la complejidad de los hechos sociales: tiene que eliminar el contexto, o hacerlo irrelevante. El propósito es la uniformidad, reducir los hechos a esquemas simples, fórmulas que puedan repetirse de manera idéntica: siempre el mismo documento, los mismos pasos, los mismos requisitos. La crítica estándar de la burocracia desde que existe se refiere precisamente a eso, a que no puede tener en consideración las circunstancias concretas, e impone un procedimiento igual en todos los casos (con resultados a veces absurdos, como es natural).

De eso precisamente está hecha la épica del IFE. La ley define procedimientos sumamente exigentes, rígidos e inflexibles para acreditar la identidad de los electores, para organizar las mesas de votación, escoger a los funcionarios de casilla, hacer el recuento de votos, procedimientos que en algunos lugares parecen casi imposibles de cumplir por muchas razones, por la dificultad de las comunicaciones para empezar. Y sin embargo, se consigue que se cumplan. El éxito del IFE es esa reducción burocrática de la realidad. El IFE consigue que todos tengan una misma credencial, expedida del mismo modo, y que haya una lista verificable de electores, consigue que llegue la documentación, la papelería, que haya funcionarios capacitados en cada una de las mesas, que se integren siempre según las mismas reglas, y que se cuenten los votos y se registre el resultado en actas, con todas las formalidades necesarias. A fin de cuentas eso quiere decir que su éxito consiste en que todos, votantes y funcionarios de casilla, todos actúen conforme está previsto, según el mismo orden, o sea, que todos vengán a ser por un día burócratas ocasionales, responsables de que se cumplan las reglas del procedimientos establecido para nombrar autoridades.

Desde un principio el IFE fue mucho más que una institución electoral, porque no habría podido cumplir con su propósito si no se le hubiesen encomendado muchas otras tareas (recuérdese que su propósito no era eliminar el fraude electoral, sino la sospecha). Para empezar, tiene que generar un documento nacional de identidad, que es algo que normalmente corresponde a los ministerios de interior o de gobernación. Pero también toca al IFE la verificación de los gastos de campaña, la valoración de toda clase de infracciones de los partidos, la capacitación de los funcionarios de casilla, y una indeterminada tarea de educación cívica. El objetivo es que el

IFE produzca por sí mismo todo el contexto relevante para la elección, desde las boletas, la tinta, las urnas, la lista de electores, hasta el sistema informático para contar los votos. Porque se trata de hacerlo, en la medida de lo posible, un sistema cerrado, en el que no pueda ingresar ningún otro elemento –para expulsar cualquier posible interferencia política.

En más de un sentido, el IFE es una institución que se diseña a contracorriente. En primer lugar, el ambiente general en esos años es contrario a la regulación, a cualquier forma de regulación. En ese ánimo coinciden el neoliberalismo y el anti-autoritarismo de las décadas anteriores, y en el resto de la administración domina sobre todo la exigencia de “desregular” porque se supone que las reglas son por definición ineficientes, y en realidad sólo sirven para favorecer el crecimiento de la burocracia. El modelo cultural es el mercado (sirven como emblema las fantasías de Gary Becker, de organizar todo mediante mercados: la migración, el cuidado de la salud, la educación, lo que sea). Pero en sentido contrario, en el caso de las elecciones ninguna regulación parece suficiente, se piden siempre más reglas, más intrincadas, más rígidas, sobre cada vez más asuntos. El resultado, como no podía ser menos, es el crecimiento de la burocracia, y que las elecciones se vuelvan cada vez más litigiosas, porque se multiplican las infracciones.

En realidad, el problema no son las reglas sino el Estado. La retórica dominante en esos años tiene una clara inclinación antiestatal, sobre todo porque se identifica al Estado con el régimen revolucionario. Pero el IFE es una pieza clave en el proceso de formación del Estado. En términos muy concretos, el IFE es la burocracia encargada de la integración de los órganos de representación y de gobierno, y garantiza el vínculo entre ciudadanía y autoridad que es la piedra de toque del discurso

de legitimación del Estado. En los dos sentidos, el IFE es la columna vertebral de la institución estatal. Es muy revelador el empeño constante en borrar ese hecho, el empeño de que el IFE no aparezca como burocracia, pero sobre todo que no aparezca como Estado. Es puramente anecdótico, pero muy revelador, que la página del IFE en la Internet no tuviese durante mucho tiempo la terminación .gob, que corresponde a los organismos públicos, sino .org, que es para organizaciones de particulares (y que cambiase finalmente a .mx); es un gesto, un distanciamiento de nomenclatura, pero por eso mismo es interesante, porque se adopta de manera deliberada.

El IFE es un producto de la desconfianza. Surge como consecuencia de la desconfianza hacia el gobierno, que se extiende al partido oficial, y después a todos los partidos, a los órganos de representación y a la política en general. Por eso se elabora la imagen del IFE como no-político. En la operación cotidiana, desde el registro de identidad hasta el proceso de la elección se acentúa su carácter burocrático, maquinal. En su imagen, en todo momento se cuida de poner el énfasis en su condición ciudadana.

La despolitización del IFE tiene otras consecuencias. Su credibilidad se afirma mediante su separación de todas las demás instituciones políticas. Y de ese modo contribuye a subrayar su falta de credibilidad. Es un bucle del que cuesta trabajo salir. El discurso que justifica al IFE, que lo acredita porque no es parte del Estado, porque no es político, desacredita a las demás autoridades del Estado.

En todo momento, la retórica con que se legitima la actividad del IFE es presa de esa ambivalencia. Tiene que afirmarse

como Estado y como no-Estado. Sólo a título de ejemplo, sirve el prólogo de la memoria gráfica de 2008-2009: “Decir que nuestra democracia la hacen los ciudadanos no es un discurso. Es un reconocimiento”. Quiere decir que no es retórica, que no es palabrería. Y bien: decir que no es un discurso es un discurso, es retórica. Quiere decir que no es una expresión vacía, engañosa, enfática, y eso hace que la expresión sea todavía más engañosa y enfática. Sigue: “el proceso electoral es realizado por ciudadanos, como cualquiera de nosotros.” Y ahí entra en juego la ambigüedad de la palabra “ciudadano”. Porque todos son ciudadanos, del presidente abajo, incluidos burócratas, militares, funcionarios de los partidos, pero sólo cuentan como ciudadanos para efectos de la afirmación quienes no son ni funcionarios públicos ni militantes de un partido político. La frase dice: la elección no la hacen *ellos*, sino *nosotros*. No el gobierno, no los políticos, sino los ciudadanos. Sin embargo, si se piensa un poco es claro que si los ciudadanos, cualquiera de nosotros, se hacen cargo de la tarea material de la elección, son funcionarios y políticos quienes dirigen, organizan y ponen las reglas para el desarrollo de las elecciones. Por otra parte, insistamos en ello, los ciudadanos que colaboran en la organización de la jornada electoral se comportan como burócratas: no dan rienda suelta a su patriotismo, sino que siguen el procedimiento establecido. Las memorias gráficas ponen el acento en la condición ciudadana, no burocrática, retratan a gente común y corriente, porque eso es lo que confiere legitimidad a la elección. Pero el registro de la uniformidad: todos con las mismas urnas, las mismas actas, es la imagen del Estado.

4

Vale la pena abrir un paréntesis para ilustrar el uso ideológico de la noción de ciudadanía. Se supone que el hecho de participar al margen de los partidos políticos, y contribuir a la organización de las elecciones, acredita la virtud de los ciudadanos. Y se supone que esa condición ciudadana, es decir, no política, no partidista, es lo que garantiza la transparencia, la imparcialidad, la credibilidad del proceso electoral. Puesto en otros términos, lo que dice el sentido común es que la ciudadanía defiende la limpieza de la elección contra los políticos, los partidos, contra el gobierno y finalmente contra el Estado. Ése es el relato que hay implícito en el elogio de la ciudadanía.

El problema es que esa idea depende de una distorsión de la historia que no es trivial. Porque siempre han sido los ciudadanos los que han hecho el fraude electoral. A las órdenes de un cacique local, un notable, un líder sindical o un dirigente del partido, a veces por indicaciones del gobierno –la verdad es que eso no tiene mucha importancia. Siempre han sido los ciudadanos, actuando en contra de la lógica estatal, o mejor dicho, imponiendo sus intereses por encima de la lógica estatal: unos ciudadanos, parte de un arreglo político, contra otros ciudadanos. Las elecciones del IFE, con todos sus requisitos burocráticos, se organiza precisamente contra los ciudadanos, contra la posible interferencia ilegal de los ciudadanos, cualquiera que sea su afiliación institucional.

Es decir, que lo que se pide a los ciudadanos que son funcionarios de casilla, lo que se les exige en la nueva legislación es que no actúen libremente, que no actúen según sus intereses o sus ideas, sino según la lógica superior del Estado. Normalmente

se supone que cumplen con las reglas por convicción democrática, y por eso se elogia su trabajo: es una suposición tan arbitraria como otra cualquiera. Y cumplen la ley porque hay suficientes mecanismos de protección y vigilancia para que sea muy complicado hacer otra cosa.

En resumen, la elección es un momento de fuerza del Estado, un momento en que la lógica estatal se impone sobre todas las demás.

El discurso de legitimación institucional del IFE, el elogio de la ciudadanía, deriva en la antipolítica. En cierto sentido es normal, casi inevitable, porque es en realidad el discurso de legitimación del Estado, que es refractario a la política. El Estado es racional, objetivo, transparente, imparcial, está por encima de las divisiones sociales, y en cada uno de sus rasgos, puntualmente, su opuesto es la política: arbitrariedad, opacidad, parcialidad. El Estado, y el IFE como expresión de la estatalidad, se definen precisamente contra los partidos, contra los políticos. Y lo mismo sucede con la idea de ciudadanía, que es el correlato moral de la forma estatal.

En términos materiales, esa superioridad del Estado tiene su expresión de última instancia en el ejército. Normalmente es una posibilidad remota, indispensable porque sólo la amenaza del uso de la fuerza permite imponer reglas impersonales, uniformes. Pero en el caso del IFE, que es una institución de frontera, la intervención de las fuerzas armadas es abierta, explícita, para cuidar cada uno de los pasos del proceso electoral.

Desde luego, el apoyo del ejército es bastante lógico, porque ninguna otra institución tiene la capacidad logística para

coordinar un proceso de esa extensión, y a la vez transportar, vigilar, custodiar todo el material. Pero no deja de ser interesante imaginar las alternativas. Elegir al ejército para proteger los procesos electorales significa decidir que no lo hagan ni las autoridades locales ni la policía municipal, ni las policías federales –como sería lógico. Optar por el ejército es decir que esas otras instituciones no son dignas de confianza. Nos hemos acostumbrado, pero no es un asunto menor.

Por otra parte, el ejército ofrece una protección armada. No se trata sólo de transportar el material y guardarlo, sino de defenderlo, y defenderlo con las armas. Hay que tomarlo literalmente. Llamar al ejército es un recurso de disuasión en contra de una parte de la sociedad que podría querer alterar el resultado de las elecciones, y que lo haría si tuviese la oportunidad. O trataría de impedir la elección. La presencia del ejército es un desmentido dramático del elogio de la ciudadanía, porque por lo menos dice que una parte de los ciudadanos no son como los pinta la retórica.

La naturalidad con que se acepta la presencia del ejército: se acepta y se anuncia y se elogia, es significativa. En principio, en su definición más básica, el ejército tiene que defender a la nación de los enemigos externos. La tarea paradigmática del ejército es la guerra en defensa de la nación. En un caso extremo, en una guerra civil, en contra de un adversario armado que amenaza el orden jurídico bajo el que viven todos. Obviamente, para cuidar el proceso electoral se llama al ejército bajo la hipótesis de la guerra civil, pero no se puede decir así. Es necesario buscar otras explicaciones, o ninguna. El ejército protege la democracia (contra los enemigos de la democracia), el ejército protege a la ciudadanía (contra los enemigos de la ciudadanía). El problema es que esos enemigos,

o quienes resultan sospechosos de serlo, son las autoridades, los funcionarios públicos, las fuerzas de policía, los partidos políticos –y para resumir, los políticos.

La justificación depende de una cadena de identificaciones según la cual el IFE es la ciudadanía que es la nación que es defendida por el ejército –sorteando el sistema de representación. En términos muy primarios, la idea es que el ejército es nuestro ejército, nos defiende a nosotros; la dificultad estriba en identificar a los otros frente a los que nos definimos.

5

El Estado son dos cosas: una idea y un conjunto de prácticas. Es por un lado la idea de una entidad única, superior, racional, separada, situada por encima de la sociedad, y por otro un conjunto de hechos, situaciones, relaciones sociales, prácticas materialmente observables: edificios, uniformes, papeles membretados, trámites, autorizaciones, y por supuesto funcionarios. La idea del Estado da una coherencia imaginaria a las prácticas, de modo que aparecen como si fuesen efectivamente partes de un único mecanismo. Las prácticas por su parte tienen que hacer presente y verosímil la idea, tienen que producir lo que Timothy Mitchell llamó el “efecto-Estado”, es decir, la ilusión de que en efecto existe esa entidad superior, ajena a los intereses particulares, ajena al conflicto social.

En términos materiales, el Estado sólo existe en las prácticas concretas: en edificios, situaciones concretas, donde hay personas que cumplen con determinados rituales. Ahora bien, esas prácticas siempre están situadas, siempre son encuentros de sujetos sociales en circunstancias particulares: en lugares mejor o peor comunicados, donde viven mil, o diez

mil o diez millones de personas, con una trama densa de relaciones de clase, de parentesco, de identidad religiosa, étnica o local, y también formas de poder tradicional, económico, cultural –pero nos hacemos a la idea de que la situación no importa. Pongamos un caso muy simple, el procedimiento de identificación para obtener una credencial, una licencia: hay una persona que necesita el documento de identidad, hay otra que tiene la facultad de entregarlo, los dos tienen intereses particulares, necesidades, apremios, pueden ser vecinos, incluso amigos o correligionarios, es viernes por la tarde, o la víspera de Navidad. La lógica del Estado requiere que todo eso se ponga entre paréntesis, y que se siga el procedimiento establecido sin otra consideración, ni que es amigo ni que es viernes (el ejemplo es una simpleza, pero lo mismo sucede en situaciones mucho más complejas, donde corresponde asignar un contrato de obras, decidir el trazado de una carretera, imponer una multa). El efecto de eso es que el Estado aparezca como una entidad ajena, superior, que se impone por igual a todos, también a los funcionarios.

Hay una serie de técnicas, mecanismos, recursos que hacen presente al Estado como realidad objetiva e independiente de la realidad social. El ejemplo más obvio es el del ejército: la disciplina del ejército, la coordinación de sus cuerpos, hace que aparezca como tal, como ejército, que es algo distinto de la suma de sus miembros, una entidad diferente y completa. Lo mismo sucede con la mayor parte de los procedimientos burocráticos: disciplinados, impersonales, metódicos, uniformes, maquinales, que por eso parecen obedecer a una forma abstracta.

En todos los procedimientos, desde el registro de ciudadanos hasta el recuento de los votos, el IFE es un ejemplo modélico de las prácticas mediante las que se produce el efecto-Estado:

formalidad, distancia, impersonalidad, disciplina, rigidez. No obstante, por las razones que no hace falta repetir, el IFE tiene que distinguirse del Estado, de las autoridades del Estado, de hecho en su origen tiene que definirse contra las autoridades del Estado, porque de eso depende su credibilidad. Y eso tiene como consecuencia que la particular forma de legitimidad que se deriva de esa abstracción se refiera al IFE en particular, pero no a la institución estatal. La credibilidad de las elecciones, cuando comenzaron a ser creíbles, no hizo menos sospechoso al Estado. En realidad, el procedimiento por el que se consiguió hacer creíbles las elecciones implicaba necesariamente la desconfianza hacia las autoridades.

Me interesa sobre todo subrayar una cosa: la celebración de la democracia es la celebración del Estado, aunque eso se disimule mediante la retórica de la ciudadanía. Porque la democracia, esta democracia que conocemos, es un inmenso ejercicio burocrático. Y lo que encuentro interesante es la serie de dobleces en la retórica institucional del IFE para a la vez mostrar y ocultar eso.

6

Acaso conviene ir un poco más despacio. Empecemos por la burocracia. El efecto normalizador de la burocracia es consecuencia de su carácter metódico. La burocracia sigue un procedimiento formal, siempre idéntico, inalterable, y eso acredita su condición neutral: a todos impone los mismos requisitos, de todos exige lo mismo, y siempre sigue los mismos pasos. En eso consiste su racionalidad.

Desde luego, la idea de que la burocracia sea racional merece pensarse. Exigir los mismos documentos, dentro de los mismos

plazos, en la Sierra Tarahumara, en la cuenca del Balsas y en Guadalajara no es racional en ningún sentido: ni eficiente, ni justo ni sensato. Pero ese método es el fundamento de determinadas formas de autoridad, de ejercicio de la autoridad. Y por eso admitimos que metódico equivale a racional.

En términos prácticos, lo que tiene que hacer la burocracia es eliminar la complejidad, pasar por alto el contexto, todas las características particulares de cada persona, de cada lugar, y someter todos los casos al mismo procedimiento. En la operación del IFE, volvemos a nuestro tema, para eliminar el contexto hace falta un inmenso aparato de mediación. Para organizar las elecciones tienen que integrarse las mesas electorales en todo el país de la misma manera, tienen que funcionar con las mismas reglas, tienen que recibir el mismo material y tienen que llenar del mismo modo las actas, y eso en la ciudad de Monterrey, en el desierto de Altar, en Los Altos de Chiapas, el mismo día. Esa articulación de funcionarios, capacitadores, ciudadanos, es el Estado. Pero volveremos a eso.

El sentido común suele identificar al funcionario con el Estado, y suele identificar el poder del funcionario con el poder del Estado. Es un error de óptica. La burocracia estatal es una máquina cuya lógica está fuera del alcance de los individuos: de todos, del que solicita un trámite y el que lo autoriza. Las reglas se imponen por igual a las dos partes, y normalmente, cuando se incumplen, son las dos partes las que lo hacen (dejamos de lado los sistemas de autoridad patrimonial, que son otra cosa).

La racionalidad característica de la burocracia implica indiferencia hacia la humanidad concreta de los individuos con los que trata. Desde luego, es frecuente que eso parezca injusto,

porque va contra lo que puede parecer razonable a veces, de sentido común, porque va contra todos los demás sistemas de valoración social. Pero al mismo tiempo esa indiferencia contribuye a cimentar una idea de la justicia. Las quejas sobre la inhumanidad de la burocracia, que pueden estar muy bien fundadas, sirven para darle legitimidad.

Todo eso en teoría. En la práctica siempre es más complicado. Pero una vez establecida, la burocracia produce una especie de cuerpo místico que trasciende las situaciones concretas, de modo que las fallas locales no dicen nada del conjunto y no afectan a su credibilidad. Es claro que hay siempre, en todas partes, burócratas que no hacen bien su trabajo, que alteran un procedimiento o lo tuercen en beneficio de alguien, en el suyo propio. Pero eso no invalida la autoridad del conjunto, de hecho eso no dice nada del conjunto (lo mismo que los pecados de los miembros de una iglesia no dicen nada de la iglesia en sí). Quienes están en falta son los individuos, el problema son los individuos, no la institución.

En ese sentido, como ha dicho David Graeber, en toda burocracia hay un impulso utópico, porque propone un ideal abstracto, el de un puro mecanismo, perfectamente metódico, que no es posible. El éxito de cualquier burocracia consiste en expulsar la realidad, dejar fuera todos los accidentes de la vida real, las particularidades del tiempo histórico.

En su funcionamiento ideal, el orden de la burocracia es previsible, sistemático, uniforme, produce el efecto de una estructura estable, que no está sujeta a las veleidades arbitrarias de nadie. Y eso hace verosímil al Estado como Estado. Por eso cualquier discurso de legitimación tiene que disimular, o minimizar, ocultar la dimensión “profana” de su autoridad,

que puede ser arbitraria, incoherente, partidista, a veces brutal, y hacer exhibición en cambio del cuerpo místico de la burocracia.

En el caso que nos interesa, al IFE corresponden algunas de las tareas básicas del Estado: identificar, clasificar, registrar a la población, y producir el primer documento de identidad prácticamente universal –que muy pronto se vuelve necesario. Pero todos los demás pasos que implica un proceso electoral tienen un efecto parecido: todos están escrupulosamente regulados, imponen una disciplina general, pero además la imponen de una manera muy espectacular. La rigidez de las prácticas, su carácter masivo, uniforme, es lo que hace existir al Estado. Y eso es lo que muestran las fotografías.

La experiencia de la elección ofrece una manera de imaginar al Estado a partir de la disciplina que se impone a todos y que todos contribuyen a imponer. En la elección se exhibe la capacidad técnica del Estado: papeletas, urnas, casillas, información, y también el carácter impersonal y trascendente del Estado. En primer lugar está la magnitud de la operación: el número de casillas, los cientos de miles de funcionarios, la presencia en todo el territorio, la captura inmediata de la información. Esa magnitud, por si sola dice al Estado. Pero también está la coordinación de todo ello, la puntualidad, la exactitud: el mismo horario, el mismo protocolo. Esa exactitud y esa uniformidad hacen un contraste dramático con todo lo demás, con la variedad, la complejidad, la improvisación de la vida cotidiana.

En un doble sentido puede decirse que la elección es la consagración del Estado. Primero, en términos materiales, porque en ese momento, en esas horas, el Estado existe de la manera más eficaz, definitiva e indudable, en todas partes. Pero también

en el plano simbólico, porque en la elección se manifiesta la Soberanía Popular, que participa de lo sagrado. Y la Soberanía Popular instituye a la autoridad. Ese proceso de consagración es el que se muestra en los libros: para eso sirven.

7

Vuelvo al argumento original. El IFE fue la institución central en el proceso de transición a la democracia, central para la formación de lo que seguramente conviene llamar el régimen de la transición: un arreglo político con un sistema de tres partidos bastante equilibrados electoralmente, con identidades ideológicas más o menos reconocibles, elecciones competidas, gobiernos sin mayoría en el congreso, y un consenso fundamental en lo que se refiere a las decisiones básicas de la economía y la necesidad de dismantelar el Estado posrevolucionario. Lo que correspondía al IFE era dar legitimidad al nuevo régimen. No sólo organizar las elecciones, sino acreditar las elecciones. Más todavía: elaborar el lenguaje en que había que encuadrar las elecciones –una de cuyas claves era la idea de la ciudadanía.

Es una historia que se ha contado ya muchas veces, y no vale la pena insistir mucho en ella. Pero sí vale la pena tal vez poner algunos acentos. *Grosso modo*, lo que llamamos la transición fue la quiebra del régimen de la revolución, del nacionalismo revolucionario, y su sustitución por un modelo que sin mayor precisión se puede llamar neoliberal. Se trataba de sustituir donde fuese posible al Estado por el mercado, poner el énfasis en la responsabilidad individual, en la libertad individual, y producir como correlato una nueva forma de autoridad política cuyas piezas fundamentales serían la Democracia, la Transparencia y el Estado de Derecho.

En el terreno propiamente político, el propósito era transitar hacia un orden de legitimidad democrática, es decir, una legitimidad procedimental, que descargase al Estado de la necesidad de buscar una legitimidad sustantiva, mediante concesiones, subsidios, y en general mediante una política redistributiva. Por eso lo fundamental era no sólo organizar elecciones creíbles, sino conseguir que las elecciones tuviesen esa importancia como factor de legitimación –porque no la habían tenido, y no es obvio que la tengan. Y para eso era indispensable que cobrase también una enorme importancia el fraude electoral o más bien la imagen del fraude electoral como cimiento del Antiguo Régimen.

Es decir, al IFE correspondía poner la infraestructura de los procesos electorales: los recursos materiales, técnicos y administrativos para el ejercicio de los derechos políticos, incluidas algunas funciones jurisdiccionales. Pero también le correspondía contribuir a la elaboración de la legitimidad democrática, o sea, en términos muy simples, tenía que hacer publicidad de la democracia, publicidad del arreglo institucional, de los procedimientos concretos, pero también de la idea democrática. El IFE tenía que dar consistencia, solidez, atractivo, a los valores que justifican el procedimiento democrático, y eso mediante los programas de educación cívica, pero sobre todo a partir de una elaboración dramática de los procesos electorales que permitiese ver en ellos la tolerancia, la pluralidad, la participación, la obra de una ciudadanía ordenada, activa, libre. Las elecciones tenían que ser además publicidad de sí mismas. Los libros son parte de ese esfuerzo, por supuesto.

Lo que se llamó la transición democrática tuvo su culminación en el año 2000, con la llegada del PAN a la presidencia de la república. Se puede decir, y se ha dicho, que la transición

quedó incompleta o que en muchas cosas no lo fue verdaderamente, pero la verdad es que en la mayoría de los casos cuando se decía transición no se quería decir nada más que alternancia en el poder –o sea, la derrota del PRI. Todos los otros cambios que se asociaban a la alternancia eran conjeturas sin mucho fundamento; según quiénes, se ponía el acento en una cosa u otra, acabar con la corrupción, con el autoritarismo, con la pobreza, y más o menos de buena fe se suponía que todo sería resultado del cambio en el gobierno (y en las reglas para acceder al gobierno, se entiende). No había motivo para esperararlo. Pero en todo caso, lo fundamental era la alternancia.

Incluso entonces era posible saber que el cambio político era sólo una pieza, parte de un proceso largo, de una serie de transiciones: productiva, institucional, demográfica, cultural, en la larga crisis final del régimen revolucionario. Y eso explica en buena medida el desencanto de los años posteriores. Por otra parte, el régimen de la transición sobrevivió todavía una década larga. Pero nada de eso le quita importancia a la elección.

El año clave es el 2000. La institución clave, el IFE. En la imagen del IFE, y en su transformación, se puede hacer visible mucho de lo que sucedió entonces. Se puede tomar como indicador, aunque sea un indicador muy burdo, la confianza en las elecciones. El panorama es muy elocuente. Según lo que dicen las encuestas, en los años noventa, menos de la mitad de los mexicanos pensaba que las elecciones fuesen limpias; en el año 2000, justo después de la elección, casi el 90 % piensa que son limpias. Pero ese porcentaje cambia, baja de nuevo dramáticamente a partir de 2006, y de ahí en adelante, de modo que para 2012 los números son muy parecidos a los de antes de la creación del IFE (el 60 % dice que no confía en los resultados electorales). Es claro que esos números, la actitud

que se refleja en esos números tiene que ver con el resultado de las elecciones, con las dos derrotas de López Obrador, y con la propaganda de los partidos, con las campañas de los medios de comunicación, y no con la organización de los procesos –que son igualmente confiables en el 2012 que lo eran en el 2000. Pero el cambio en el clima de opinión es indudable, refleja el progresivo descrédito del régimen de la transición –cuyo eje era el IFE.

8

El año 2000, la elección de Vicente Fox, señala el final de la transición democrática, y abre un periodo bastante más confuso. El entusiasmo con el nuevo gobierno dura muy poco. En la opinión pública, en la prensa, en buena parte de la clase política hay un cambio de actitud muy notable. Hasta entonces había dominado lo que por abreviar podría llamarse el “optimismo democrático”, un ánimo esperanzado, entusiasta, airado, apremiante, producto de la expectativa del cambio de régimen. La idea de que la democracia, o la alternancia, que de eso se trataba, pudiera resolver muchos de los problemas del país era ingenua, por decir lo menos, pero muy popular. Hubo algunos llamados a la prudencia, una especie de crítica anticipada de la democracia, la de Octavio Paz por ejemplo, pero inmediatamente quedaron estigmatizadas como propaganda del PRI.

Es un fenómeno conocido en los procesos de cambio político. El impulso normalmente viene de una idea exagerada, y puramente especulativa por supuesto, de los beneficios que se pueden esperar del cambio. En situaciones así, lo que no se puede aceptar de ninguna manera es el escepticismo, porque merma el entusiasmo, desmoraliza. Y sucede que se

promuevan las transformaciones con una especie de ceguera voluntaria con respecto a muchas de sus consecuencias.

La idea de la ciudadanía, una idea exaltada de la ciudadanía era una de las claves del optimismo democrático. Puesto en términos muy simples, el argumento central era que muchos de los defectos del Antiguo Régimen: autoritarismo, corrupción, arbitrariedad, ineficiencia, impunidad, eran consecuencia de la imposición de la clase política priista (ellos, los otros, el gobierno, los políticos), que se conseguía mediante el fraude electoral. Porque la gente (la ciudadanía) obviamente rechazaba todo eso, trataba de resistirse.

O sea, que el problema central era que no se respetase la voluntad ciudadana en las elecciones. Y por tanto, todo se resolvería, o entraría en vías de solución, cuando se consiguiera romper el ciclo del fraude. Se suponía, porque la teoría dice eso, que los votos castigarían las malas prácticas, servirían para condenar la ineficiencia, la corrupción, y de ese modo contribuirían directamente a la solución de los problemas. La idea se defendía de manera más o menos ingenua, más o menos enérgica, según fuese el caso. De lo que no dudaba nadie, de lo que no se permitía dudar, era de las virtudes del ciudadano, porque de eso dependía todo lo demás.

Los modelos de la ciencia política de entonces estaban diseñados a partir de la hipótesis de un individuo racional, que hace sus cálculos y vota según lo que más le conviene. Gracias a eso, la democracia, como análogo del mercado, produce el mejor resultado posible. La idea es elegante en teoría, nunca resultó del todo convincente en México. Por eso, en ese clima de exaltación democrática se elaboró un nuevo lenguaje público de acentos republicanos, en el que ciudadanía, ciudadano, cívico, civil,

eran todos términos elogiosos, con una enorme carga moral, y eran piezas necesarias en el campo semántico de la democracia.

Vale la pena reparar en que mucho de lo que se consideraba ciudadano, y se elogiaba como ciudadano, era relativamente infrecuente, y muchas veces opuesto a las prácticas habituales de la política. De entrada, la ciudadanía se definía frente al clientelismo, como una forma superior, naturalmente. Superior y posterior, en un esquema de historia progresista que se adoptó de manera implícita, sin mayor discusión: la democracia era lo que venía después, la ciudadanía era lo que venía después. Y si el mundo de las clientelas era jerárquico, particularista, personal, refractario a la legalidad, el de la ciudadanía era casi exactamente inverso. Aparte de esa definición general, quedaban fuera otras muchas formas tradicionales de hacer política en México: bloqueos de carreteras, barricadas, campamentos en la calle, ocupación de edificios públicos, secuestro de funcionarios, pedreas. Nada de eso era civil ni cívico ni ciudadano. Y por supuesto, según la misma lógica, y la misma versión idealizada de la ciudadanía, no se contaba a los sindicatos como organizaciones de la sociedad civil.

En resumen, era una idea de la ciudadanía exaltada, abstracta, moralista, que tenía poco que ver con las formas habituales de la política en el país. Pero era necesaria para una idea de la democracia igualmente exaltada y abstracta.

Volvamos atrás dos párrafos. El año 2000 es un punto de inflexión. El objetivo de los diez o quince años anteriores para buena parte de la clase política, y buena parte de la clase intelectual, se podía decir en los términos que empleó Vicente Fox

como candidato: “sacar al PRI de Los Pinos”. Por supuesto, el país no cambió a partir del año 2000. En todo caso, no cambió como se esperaba, como se había prometido que cambiaría, ni siquiera en lo que hubiera parecido más factible: no desaparecieron la corrupción, ni la arbitrariedad ni el autoritarismo. Hubo los pequeños escándalos de siempre, denuncias, protestas. En el corto plazo, en lo que estaba más a la vista, no cambió casi nada.

Entonces entró en crisis, de manera progresiva pero muy rápida, el lenguaje de la transición. Y con eso también la idea de la ciudadanía.

El cambio se nota sobre todo entre los intelectuales, en algunos de los más entusiastas promotores de la transición, que descubrieron que el cambio de personal no tenía mayor influencia sobre muchas cosas. En el origen había un problema de diagnóstico. No era sólo ingenuidad. Los promotores de la transición estaban en la idea de que el problema de México era básicamente político. El punto de partida era una interpretación, la que puso en blanco y negro Daniel Cosío Villegas, según la cual las claves del sistema político revolucionario eran un presidente omnipotente y un partido omnipresente. Sobre esa base era lógico pensar que la derrota del partido y el cambio en la presidencia bastarían para corregirlo todo o casi todo de arriba abajo. La alternancia era el fin del régimen. Y por lo tanto el fin de todos los defectos del régimen.

El resultado fue un desencanto que se fue agravando con el tiempo, y que dio lugar a un clima intelectual muy distinto, a otro ánimo que por abreviar se puede llamar “pesimismo oligárquico”. Estaba en la prensa, entre los promotores de la transición, los que se habían hecho cargo del gran cambio, y

que sin embargo no habían conseguido gran cosa en cuanto a corrupción, legalidad, eficiencia administrativa. La conclusión que venía más a mano, y la que parecía más lógica, era que la ciudadanía no había estado a la altura de lo que se esperaba de ella. En resumen, simplificando un poco, el problema mayor no eran las instituciones, ni el sistema político, sino los mexicanos.

El giro no fue del todo inesperado ni muy original tampoco. Algo parecido sucedió en muchos otros países de los que formaron parte de la ola democratizadora en América del Sur, en Europa Oriental. Durante veinte años la ciencia política se había dedicado con entusiasmo a la elaboración de modelos de transición democrática, para explicar lo que sucedería cuando desapareciese el socialismo real, cuando se derrocara a las dictaduras latinoamericanas. Y se incluyó a México en el paquete porque el régimen revolucionario podía entenderse como una dictadura. El cambio de sistema político se produjo en casi todas partes, en un periodo muy breve. Pero los resultados no eran para inspirar optimismo. En los años del cambio de siglo, en la misma estela, el problema de la transición se convirtió en el problema de la “consolidación” de la democracia, que ya no era cosa de las elites, del arreglo institucional, del bloque dominante, sino de “cultura política”.

En México, en esos años, sucede exactamente así. Se multiplican los estudios de cultura política que vienen a decir en resumidas cuentas que el problema son los mexicanos. Olvidados los matices, la complejidad de las actitudes políticas que había explicado Rafael Segovia treinta años atrás, los resultados de encuestas son motivo de discusión en la prensa, a veces con escándalo. Hay un breve, pero muy significativo auge de la literatura sobre el “ser del mexicano”, un filón literario entre

el folclore, la psicología pop y el puro racismo, que con razón se había olvidado cincuenta o sesenta años antes. Los libros de Jorge Castañeda, Agustín Basave, Carlos Elizondo, varios otros más disparatados, descubren atavismos y complejos, defectos psicológicos, formaciones culturales arcaicas que dejan sin fundamento al idea de ciudadanía de la década anterior: resulta que en México no hay ciudadanos. El discurso de legitimación sigue siendo el mismo, porque no hay alternativa, pero no es fácil mantener el entusiasmo.

En ese contexto de relativo desencanto, la elección presidencial de 2006 fue una señal de alarma. No por el resultado, sino que de nuevo, como en las décadas anteriores, el proceso electoral estaba bajo sospecha. No habían cambiado las condiciones materiales ni las reglas, en lo fundamental, el procedimiento había sido igual al del 2000. Pero ya nada era igual. En un primer momento, en los primeros días de la crisis, la sospecha se centró en los funcionarios de casilla, en las mesas de votación, o sea, en la posibilidad de un fraude “a la antigüita” –o sea, lo que se había tratado de eliminar definitivamente con la organización del IFE. La acusación se dirigió después al sistema de cómputo, al mecanismo para capturar la información de las actas de casilla, y se puso a circular la idea de que en el programa informático había un algoritmo secreto que transformaba los resultados.

La crisis se cerró en falso. A partir de entonces los procedimientos electorales volvieron a estar en el centro de la discusión pública. Se vivió una especie de segunda transición: reiterativa, renqueante, otra vez centrada en la organización del IFE. Se respondió a la crisis de 2006 con el desmantelamiento del Consejo General, quebrando precisamente las garantías que se habían buscado con su formación, y con una reforma

del sistema de comunicación de las campañas para prohibir la contratación privada de publicidad en radio y televisión. La reforma provocó una reacción coordinada, muy agresiva, de radiodifusoras y televisoras, dirigida a desacreditar el sistema electoral –y de paso a los partidos, los diputados, los políticos. La pleamar de la antipolítica llegó en la elección federal de 2009, con una ruidosa campaña de intelectuales mediáticos a favor del voto nulo.

De ahí en adelante, no se recupera nunca el prestigio del IFE del año 2000, aunque las críticas en la elección de 2012 miran sobre todo a la periferia del sistema, es decir, lo que no se puede controlar burocráticamente, sobre todo lo que se llama “compra de votos”, que puede comprender prácticas muy distintas, a veces difíciles de definir con claridad. En todo caso, en los años siguientes pasa a primer plano la crisis del federalismo, una crisis larga, tortuosa, sin salida, porque los abusos de los gobernadores son inocultables, pero no hay ninguna propuesta formal medianamente razonable para reformar el régimen federal. Y de nuevo se busca una solución mediante las instituciones electorales, se opta por la desaparición del IFE, y su sustitución por un Instituto Nacional Electoral.

Los libros que me interesa estudiar se publican en esos años, entre 2006 y 2012, es decir, durante la crisis de legitimidad del IFE. Las instituciones electorales siguen estando en el centro, y la imagen del ciudadano sigue siendo la pieza clave en el discurso de legitimación del régimen –aunque no haya ya la confianza ingenua, entusiasta, de los años noventa. Los libros registran eso.

Descripción de los libros

1

El primer problema que plantean los libros es el propósito para el que se hicieron (quiero decir, más allá de la trivialidad de la lógica burocrática, que necesita gastar en publicidad, o en regalos). Se llaman **Memoria gráfica de la elección**, son libros de fotografía de gran formato: papel *couché*, impresión a cuatro tintas, es decir, que son libros de regalo, los que se suelen llamar libros de mesa (*coffee-table books*), cuyo uso es puramente decorativo. Son libros grandes, coloridos, llamativos, en los que el texto está reducido al mínimo: apenas unos pocos párrafos de presentación, a veces una anotación como pie de foto, y poco más. Incluyen imágenes de todo el proceso electoral: de la capacitación de quienes serán funcionarios de casilla, de la producción y el transporte de materiales, las mesas de votación, el recuento, y el anuncio de los resultados.

Son libros de regalo, pero no de lo que se suele llamar, con cierta ambigüedad, fotografía artística: algunas imágenes están muy logradas, otras no tanto, algunas francamente malas, pero en todo caso lo que importa es la escena que aparece retratada. No tienen una finalidad informativa, no son reportajes, las situaciones fotografiadas tienen un interés puramente anecdótico, no hay información que explique concretamente lo que sucede en cada caso. Pero tampoco tienen una función documental, porque no son prueba de nada; se ve a funcionarios, ciudadanos, mesas de votación, pero en realidad todas ellas o casi todas ellas pudieron haber sido posadas, muchas son obviamente posadas –no permiten documentar seriamente nada, porque no se trata de eso.

Sirve de ejemplo cualquiera de las imágenes. En la memoria de 2011-2012, el panorama de un pequeño embarcadero, unas cuantas lanchas en primer plano, cinco funcionarios del IFE al fondo, sobre el muelle, el pie de foto dice: “Champotón, Campeche”. El contexto del libro dice que son responsables de la capacitación de funcionarios electorales, pero la imagen no sirve más que de apoyo para el relato. Otra foto, unas páginas más adelante: tres funcionarias del IFE, sabemos que son funcionarias porque llevan el chaleco rosa que sirve de uniforme, hablan con dos jóvenes en las escaleras de entrada de un edificio; el pie de foto dice: “Biblioteca Pública del Estado, Saltillo, Coahuila”. Otra vez, el contexto del libro hace que la imagen diga que hablan sobre el proceso electoral, que los jóvenes van a ser funcionarios de casilla. Es sólo una ilustración del relato.

Las imágenes son de gente común y corriente, en situaciones que no tienen nada de particular. No podrían ser noticia, ni tienen otro interés. Puestas en el contexto de los libros, para la mirada de alguien completamente ajeno muestran algunas

características de los procesos electorales en México, incluidos paisajes que pueden resultar exóticos. Para un mexicano evocan una experiencia conocida, cualquiera puede sentirse reconocido en alguna de las imágenes, y desde luego cualquiera puede reconocer los rasgos significativos: las casillas, las mesas de votación, las urnas, las credenciales. El conjunto habla del esfuerzo que hace falta para que esas escenas, idénticas, se repitan en paisajes tan diferentes, es decir, es el relato de una hazaña burocrática. Pero ya tocará hablar de eso.

No son libros de arte, aunque haya algunas fotografías notables, encuadres originales, efectos de luz. Pero no son tampoco periodismo, no son reportajes gráficos, aunque algunas imágenes sin duda podrían incluirse en un reportaje. No tienen el diseño deliberado de la fotografía publicitaria ni el distanciamiento que requiere el género documental. Son libros de publicidad institucional, que tienen que transmitir una imagen del trabajo del IFE, lo que los hace interesantes es que la imagen del IFE es la imagen de la ciudadanía que es la imagen de la democracia.

En cada uno de los volúmenes hay un texto de presentación. Son textos protocolarios, retóricos, bastante parecidos entre sí, pero con variaciones que no dejan de tener interés. El de 2006 dice: “Esta recopilación de imágenes e instantes pretende mostrarnos el rostro humano de la elección... Es pues, un testimonio y un homenaje a estos ciudadanos, garantes de la imparcialidad y la transparencia...” El de 2009: “Espero que las imágenes de esta memoria contribuyan a mostrar que el éxito de los procesos electorales en nuestro país... es sobre todo resultado del esfuerzo que realiza cada ciudadano...” El de 2012: “con fotografías de alta definición se integran los iconos de una democracia que vive y se desarrolla con la

participación de todos y todas... refleja la equidad que marcó la competencia electoral, la transparencia de todas y cada una de sus actividades institucionales, pero sobre todo el profesionalismo, la imparcialidad y disposición de quienes convergen en torno a la organización ciudadana de las elecciones...”

Las variaciones son menores, pero revelan la ambigüedad del propósito. O más bien, la dificultad para explicarlo con claridad. Según el caso, se trata de mostrar el rostro de la gente, de los funcionarios, o de documentar participación, mostrar equidad, transparencia. Siempre es más de lo que dicen por sí solas las fotografías, por eso hace falta ponerlo por escrito, para que signifiquen según el caso la democracia, las virtudes ciudadanas, la organización, la eficacia del IFE.

Son libros de publicidad institucional, también son una forma de conmemoración. Las personas que aparecen son una sinécdoque de todos, son la ciudadanía. El despliegue de las imágenes compone un relato en el que se hace visible la democracia como obra de la ciudadanía. Para eso se hacen menos los aspectos institucionales, administrativos, tecnológicos, para dejar en el primer plano la actividad de personas concretas. No serviría para eso cualquier imagen ni serviría cualquier orden. No tendría el mismo efecto si hubiese por ejemplo tres fotos de cada estado, o doce fotos de cada fase del proceso, porque un orden así no podría tener el efecto dramático que hace falta para armar un discurso. El conjunto de las imágenes que se han escogido, la cantidad que hay de una cosa u otra, la secuencia en que se presentan, todo tiene intención. Eso significa que en cierto sentido los libros pueden leerse como se leería un retablo barroco, en el que cada imagen tiene un sentido, y el lugar en que está tiene sentido, y contribuye al conjunto.

Las conmemoraciones cívicas, eso son los libros, son formas de exhibir la autoridad: la exhiben, la explican, la justifican. Son elaboraciones simbólicas del poder a partir de la consagración de un acontecimiento concreto. Puede ser una batalla, una guerra, un tratado, se escoge el hecho que sea, se delimita, se nombra, se subrayan los rasgos que lo hacen singular, significativo como origen o fundamento de la autoridad, y se representa mediante un desfile por ejemplo, una ofrenda floral o cualquier otra cosa. Ese sentido tienen los libros. Conmemoran el proceso electoral. Ahora bien, para eso lo primero que hace falta es construirlo como acontecimiento, y eso quiere decir, por un lado, separarlo del resto del proceso político del que forma parte (y que incluye el trabajo de los legisladores, la actividad de los partidos, de los jueces, todo el resto), y por otro, afirmar la cohesión, la continuidad de los varios momentos como parte de una misma entidad.

La selección de las fotografías sirve para eso. O al menos sirve para hacer visible eso. Se recorta la parte del procedimiento que implica la intervención personal de gente común y corriente, se hace de eso la elección, y el conjunto da un sentido concreto a la expresión “fiesta cívica”.

La serie de escenas coloridas, más o menos pintorescas, dicen desde luego que en el país hay esos contrastes, todos esos paisajes de costa, de selva, montaña, y muestran a gente muy distinta que libremente, y según las imágenes incluso alegremente, hace la elección. Pero también muestran con la misma claridad la presencia del Estado. Conviene reparar en eso. El Estado organiza todo el proceso, empezando por la definición de la ciudadanía, y disciplina a todos, asigna tareas, pone límites. Y las imágenes lo confirman con perfecta naturalidad: está en todas partes, llega a todas partes, y trata a todos por

igual, es un mecanismo de operación exacta. Sin embargo, al mismo tiempo, con las mismas fotografías, mediante la retórica de la democracia, la serie dice que son los ciudadanos quienes producen la autoridad del Estado.

La democracia consiste en que la gente vota. No tiene ningún misterio. Pero en el panorama gráfico de los libros del IFE hay mucho más que eso. No sólo gente que vota, sino gente que estudia, que pone orden y toma decisiones y hace cuentas, gente que hace la elección durante meses. Representar la democracia así, mediante una gran colección de fotos de ciudadanos que actúan coordinadamente para producir la voluntad política del Estado, es una afirmación política que no hay que tomar a la ligera. El modelo cultural al que corresponde, inconscientemente sin duda, es el del grabado famoso de la primera edición del *Leviatán* de Hobbes, en el que una gran multitud de hombrecitos da forma al monstruo –ese dios mortal, etcétera.

La elección está en los márgenes del Estado. O más bien, es el último margen del Estado, donde este tiene que manifestarse de una manera más dramática. Ese día, el Estado hace posible que hable la sociedad –es un ejercicio radical de transparencia. Pero también es un momento liminal en el que súbitamente el Estado somos todos.

2

Una conmemoración, cualquiera que sea, es un recurso de legitimación, un ejercicio ritual para consagrar la autoridad, porque recuerda su origen, sus títulos: la declaración de independencia, una constitución, una guerra, una batalla. En este caso, el proceso electoral como sinécdoque de la democracia.

Tiene importancia porque la conmemoración de la democracia es parte del proceso democrático: mostrar la igualdad, la participación, la transparencia, es una afirmación de esos valores, y dice que la autoridad es legítima porque es resultado de ese proceso.

En los libros hay cientos de fotos, escogidas sin duda entre muchas otras, miles, tomadas en todo el país durante meses, cada vez que hay una elección federal. Eso quiere decir que tomar esas fotografías es parte del trabajo de los funcionarios del IFE, no sólo localizar, informar, preparar a los ciudadanos que van a ser funcionarios de casilla, sino tomar fotografías del proceso de capacitación, y después tomar fotografías de las mesas el día de las elecciones. No se trata de documentar su trabajo, porque para eso hay otros recursos: expedientes, formularios, bitácoras, donde se registra formalmente todo, y las fotografías de hecho no sirven para documentar nada. Se trata de producir la representación gráfica del proceso tal como aparece en los libros.

O sea, que quien toma las fotos sabe que está produciendo la imagen de la elección. Pero también lo saben quienes aparecen a cuadro. Todos, los funcionarios y los ciudadanos, son conscientes de que están siendo fotografiados en su función de ciudadanos, o de capacitadores. Y eso significa que están posando, incluso cuando no están deliberadamente adoptando una postura concreta. No es una obra de teatro, porque de verdad se capacita a los futuros funcionarios de casilla, pero es también una obra de teatro, una escenificación de la vida democrática –que es parte de la vida democrática.

Es un lugar común decir que la de nuestro tiempo es una cultura visual. En todas partes hay imágenes, y las imágenes son parte

fundamental, a veces casi única, de cualquier forma de comunicación: llaman la atención, subrayan, matizan, imponen un sesgo. Optar por un libro de fotografía es escoger un modo de comunicación política, tiene sus razones. El contenido básico del mensaje podría decirse en unos cuantos párrafos, o en una serie de cuadros estadísticos, pero las fotos dicen otras cosas. No es la información que transmiten, sino que añaden densidad, verosimilitud, añaden realidad. Expuesto en imágenes, el proceso electoral es mucho más real: esa gente concreta cuidó la elección, contó los votos, llenó las actas, es imposible dudar de eso.

No es que el discurso fotográfico sea en general más convincente que un discurso verbal, sino que es convincente de otra manera, más directa, que no se presta fácilmente para la discusión. Porque se supone que se limita a mostrar la realidad: una fotografía no habla acerca de las cosas, no las interpreta ni las califica, sino que sencillamente las muestra. Es decir, que es pura denotación, pura descripción directa de las cosas. De hecho, la primera connotación de cualquier fotografía es esa, la idea de que es pura denotación. Y a eso se debe su eficacia. Incluso si se tiene en cuenta que sucedieron muchas otras cosas, que no aparecen en la foto, eso que aparece efectivamente sucedió.

Insisto: no es que la imagen diga más que mil palabras, sino que dice otra cosa. La fotografía no “representa”, tan sólo muestra el aspecto que tenía la realidad en un momento dado. La representación, el peso significativo de la imagen, se elabora fuera de la fotografía, en el contexto en que se la coloca.

El discurso fotográfico se impone de manera inmediata, masiva, no tiene el reverso que hay siempre en un texto escrito. Pero la transparencia de la fotografía es engañosa. Una presentación estadística del número de casillas, de funcionarios,

actas, impugnaciones, ofrecería sin duda una imagen más clara de la elección y desde luego más completa, y en ese sentido también una imagen más realista, más ajustada a la realidad. Pero el realismo de la imagen es otro, el de la autenticidad.

La eficacia publicitaria de los libros del IFE, en todo caso la eficacia que se busca con ellos, deriva de esa condición más auténtica de la imagen fotográfica: los funcionarios de casilla son personas concretas, a las que uno puede ver, lo mismo que los votantes formados, depositando su voto, son gente común y corriente, que indudablemente estaba allí. Y con eso no se discute. El orden de la secuencia, que parece sencillamente cronológico, también contribuye a subrayar la autenticidad del conjunto, porque produce el contexto en que las imágenes adquieren sentido.

3

En las páginas que siguen quiero comentar el discurso gráfico al que recurre el IFE en los libros de publicidad institucional sobre las elecciones. Pero antes quiero dar un rodeo para hablar sobre el lenguaje de la fotografía. En un primer sentido, el más obvio, la fotografía es pura denotación, muestra el mundo, no lo comenta, y lo muestra exactamente como es. Esa mujer que lava ropa a la orilla de un pequeño río, medio cuerpo en el agua, efectivamente estuvo allí, así. Eso sucedió. Lo que tenemos delante es una reproducción tecnológica de lo que podía verse. La ilusión de ese absoluto realismo es lo que hace eficaz a la fotografía, y condiciona todo lo que se dice con ella. Digámoslo de nuevo, la primera connotación de la fotografía es esa: esto es la realidad. Importa porque según en qué contexto, eso hace que la imagen resulte particularmente enfática.

Además están todas las características de la imagen. El fotógrafo escoge, para empezar, un objeto, y omite otros, los deja fuera. Y todo lo que queda fuera de la imagen puede ser importante. Están también el encuadre, el ángulo, la amplitud de campo, la luz, las decisiones técnicas que son ya una manera de comentar. Mostrar sólo el rostro de una persona, o mostrarla de cuerpo entero, situada en un paisaje, más cerca o más lejos, todo eso expresa cosas. La fotografía de la mujer lavando a la orilla del río está tomada de forma que aparece inmersa en un paisaje tropical, pura vegetación, sin que haya nadie más alrededor, ni una casa ni un camino, de modo que el conjunto transmite una sensación de aislamiento, de lejanía –que no se produciría acaso con ningún otro encuadre. Todo esto es trivial, lo puede saber cualquiera a poco que lo piense, sin necesidad de ninguna formación técnica. Pero es lo primero que hay que tomar en cuenta para leer una fotografía: el impacto que se busca mediante los recursos técnicos de la imagen.

Pero hay algo más. Eso que aparece materialmente retratado, lo que sea, tiene un significado para quienes lo miran, y eso lo tiene presente el fotógrafo, y desde luego lo tiene presente quien escoge la foto. La imagen de un niño, un anciano, un policía, la imagen de una escuela, un desierto, una puesta de sol, todo inspira asociaciones de ideas, emociones, todo tiene un significado. La pose en que están las personas, su ropa, sus gestos, nos dicen esfuerzo o alegría, fatiga, entusiasmo. Por eso las imágenes no son copia del mundo, sino afirmaciones acerca del mundo –porque no podemos hacer a un lado lo que cada imagen concreta nos significa.

Pienso en el esfuerzo por ofrecer una representación objetiva en la etnografía fotográfica de Bali, de Margaret Mead y

Gregory Bateson, de 1942. Las imágenes son notas de trabajo, equivalentes a un diario de campo, publicadas con puntual, rigurosa información de contexto. El propósito es que la cámara sirva como instrumento de registro perfectamente neutral, capaz de registrar exactamente las cosas. Aun así, escogieron para publicar 759 fotografías, de un total de más de 25, 000. Y decidieron presentarlas en un orden determinado. Es decir, que incluso con todas las precauciones metodológicas, con la preocupación por la objetividad de Mead y Bateson, hay un encuadre, un subtítulo, un orden, hay una retórica de la imagen. De modo que el resultado no es Bali, sino una interpretación etnográfica de Bali.

La fotografía muestra un aspecto del mundo, algo que sucedió. Esa mujer efectivamente estaba en el río, lavando ropa. Pero en estricto sentido, esa mujer en el río sólo existe en el momento en que se toma la fotografía –en términos más enfáticos, existe sólo en la fotografía. Una foto no es la reproducción mecánica de algo que estaba allí, sino la creación deliberada de una imagen a partir de lo que estaba allí, una creación que depende del encuadre, el ángulo, la luz. No es que no haya sucedido lo que aparece en la imagen, sino que a eso que sucedió se le ha añadido un énfasis: algo que se destaca, algo que se hace más visible, algo que se omite. A veces el fotógrafo busca poner esos acentos, pretende que la imagen transmita una emoción o una idea, pero no siempre es así, y su intención no tiene en realidad mucha importancia.

Todo eso es muy fácil de ver, sólo hace falta poner atención. No es inmediatamente obvio porque cuesta trabajo sustraerse a la sensación de veracidad que transmite la fotografía. Desde luego, hay muchas maneras de engañar con imágenes fotográficas, hay montajes, trucos con el ángulo de visión, escenas

que han sido deliberadamente montadas, pero no hace falta nada de eso, no hace falta que una foto sea “mentira” para que signifique cosas –para que sea no sólo una reproducción sino un comentario.

Veámoslo desde otro punto de vista, para añadir un matiz. Las fotos en sí mismas son documentos de algo que sucedió. No sólo documento de lo que aparece en la fotografía, sino documento de que eso ha sido fotografiado, es decir, de que el fotógrafo estaba allí. Las imágenes hablan también de la situación en que se tomaron, y de quien las tomó (y una vez reunidas en un libro, organizadas como una serie, hablan también de quienes las han escogido, y ordenado). Si se piensa un poco, eso quiere decir que es necesario tratar la fotografía como se trataría cualquier otro documento. Y empezar por preguntar quién lo produjo, en qué contexto, con qué propósito. Otra vez, estamos en el terreno de lo obvio: no se puede tratar de la misma manera la información que aparece en un acta notarial, en una carta familiar o en una nota de prensa, y no es lo mismo que quien informa sea de quienes ganaron o de quienes perdieron una guerra. Insisto, no se trata de revelar una mistificación o una manipulación intencionada, aunque pueda haberla, sino de leer en las imágenes más de lo que los autores quisieron poner allí, todos los sobreentendidos, los prejuicios, las valoraciones que se muestran.

Alguien por ejemplo toma una foto de un funcionario del IFE incómodamente sentado, casi en cuclillas, frente a una casa hecha de tablones de madera, techo de palma; se alcanza a ver de perfil, asomada a la puerta a una mujer, y en primer plano media docena de gallinas (es la memoria de 2008-2009). Es claro que la foto está tomada de modo que uno se fije en primer lugar en las gallinas. A quien tomó la fotografía le pareció que

la imagen era pintoresca, original. Y quienes vean la fotografía también la encontrarán pintoresca. Lo interesante es preguntar qué es pintoresco en esa situación, qué rasgos son los que llaman la atención, en qué sentido –porque unas gallinas no son nada extraordinario, ni una casa de madera tampoco.

Por supuesto, lo mismo hay que preguntar con respecto a la lectura del conjunto: por qué esas imágenes, por qué ese orden. Los libros son documentos. Documentos de los procesos electorales, pero también documentos de la actividad del IFE, y del aparato de comunicación del IFE, cuya tarea consiste en acreditar el discurso de legitimación de la democracia. Eso significa que hace falta considerar la intención de quienes escogieron las fotos, y las pusieron en orden, y decidieron el tamaño que debían tener unas y otras, es decir, todo lo que se quiso hacer patente con ese discurso gráfico. Pero también lo que se dijo sin querer o sin caer en la cuenta –que puede ser más interesante. Porque ese es el discurso sobre la ciudadanía en los primeros años del siglo.

4

La experiencia visual está condicionada por la historia, por la cultura. Aprendemos a mirar lo mismo que aprendemos a hablar, o a leer. Estamos predispuestos a ver determinadas cosas, a fijarnos en determinados detalles, y estamos habituados a hacer determinadas asociaciones. Por eso es posible decir cosas mediante imágenes. Y por eso es posible leer en las imágenes a la sociedad que las ha producido. Existe una gramática de las imágenes. Los diferentes elementos se combinan de cierta manera para comunicar algo: la perspectiva, el tamaño de las figuras, los colores, la luz, el orden en que están dispuestas las cosas, forman frases, afirmaciones. Por supuesto, esa gramática no es natural en ningún sentido

(aunque sea natural la percepción de los colores, los contrastes, etcétera). La comunicación visual está codificada como toda comunicación, y si las imágenes nos dicen algo, si las entendemos, es porque conocemos el código.

En este caso, los libros están pensados para celebrar la participación de la ciudadanía en la organización de las elecciones. Las fotografías tienen que decir participación, civismo, responsabilidad, transparencia, legalidad, tienen que hacer el elogio de los ciudadanos mexicanos, de las elecciones mexicanas, de la democracia, y del IFE, tienen que servir para ilustrar la “fiesta cívica” o la “fiesta de la democracia” que es una elección (la expresión es muy curiosa, se ha convertido en un lugar común de la retórica mexicana: habría que prestarle atención).

La iluminación, la gama de colores, la relativa amplitud del horizonte son parte del léxico de la imagen, también los rasgos de las cosas, de las personas retratadas: la edad, la ropa, y también la pose en la que han sido retratadas. Hay una reserva de actitudes estereotipadas que son elementos prefabricados de significación, posturas que manifiestan atención, respeto, estudio, lo que sea. Todo eso se articula en la imagen, para transmitir algo. Y las imágenes a su vez, como conjunto, se integran en un contexto que puede modificar su sentido. Es la vieja idea de Panofsky, de que la lectura de una imagen tiene tres niveles: las cosas que aparecen efectivamente representadas, el significado convencional de esas cosas representadas, y el sentido intrínseco de la representación (pongamos por ejemplo una mujer con un niño pequeño, la idea de la maternidad, en un anuncio de comida para bebé).

En los libros del IFE, lo que aparece en las fotos no tiene nada de particular, son escenas bastante ordinarias: a veces llama la

atención un paisaje, pero es gente común y corriente, que conversa. El sentido se construye de otra manera. En la página 71 del volumen de 2009 hay la fotografía de dos mujeres sentadas en una mesa, dentro de una casa: es el salón de la casa, mesa de mármol, una alfombra historiada, una serie de repisas de cristal con objetos decorativos, al fondo una puerta de cristal que se abre a otra habitación; la escena no tiene nada de particular, se puede identificar como interior doméstico, urbano, moderno, y es todo. Pero en la página opuesta hay otro grupo en torno a una mesa: una habitación desnuda, techo de tablonos de madera, algunos cables colgando, piso de tierra, los rasgos visibles indican que es un hogar rural, pero sobre todo indican pobreza. En ese contexto adquiere otro sentido el significado convencional de las habitaciones. El funcionario del IFE que hay en las dos fotos sirve para decir que las dos escenas son la misma escena, la capacitación de los futuros funcionarios de casilla. Y eso, por supuesto, lo que hace es poner de relieve las diferencias entre una y otra, una viene a ser sinécdoque de la riqueza, la otra, de la pobreza, y el conjunto dice que todos son igualmente ciudadanos, y que participan por igual.

Uno de los recursos más frecuentes en el discurso gráfico de los libros es el contraste, a veces la incongruencia: un personaje de indumentaria muy obviamente urbana en un paisaje rural, o desértico, o bien una casilla de votación bajo un árbol, en un camión de redilas. Esos contrastes son parte fundamental del mensaje que se quiere transmitir. Pero volveremos a ello, con mucha más calma.

La gramática visual tiene recursos bastante sencillos. Los elementos que componen una imagen tienen un peso diferente según se ubiquen en la parte superior o inferior, a la derecha o a la izquierda, también según su tamaño: una urna en primer

plano, por ejemplo, desproporcionadamente grande, se convierte naturalmente en el eje de la fotografía. La iluminación puede subrayar cosas: una calle en un anochecer, un patio iluminado en que conversan varias personas, hace importante esa conversación, y hace ostensible que sucede de noche. El fondo en general sirve como marcador local, porque el paisaje significa, dice cosas a quienes lo observan, más allá del placer estético que pueda inspirar, más allá de la posible información geográfica que pueda aportar. El paisaje evoca asociaciones muy poderosas: un paisaje desértico o un extenso campo cultivado, una selva, un largo horizonte de playa, dicen cosas, igual que los paisajes urbanos, mercados, plazas, vías de tren. Si se piensa en eso, es interesante que en la parte “cívica” de los libros, la que se refiere a la capacitación de los futuros funcionarios, no aparecen nunca oficinas: hay interiores de casas y de escuelas, talleres, algún restaurante, mercados, muelles, pero nada que pueda evocar a la burocracia (tampoco interiores de hospitales, por cierto, ni asilos –puede parecer obvio, pero hay que decirlo: los ciudadanos no están enfermos ni son muy ancianos, es decir, no son dependientes).

La publicidad institucional, como cualquiera otra, presenta imágenes escogidas deliberadamente para mostrar de la manera más clara posible los atributos que se quieren señalar. La imagen publicitaria es enfática. Se apoya en el repertorio cultural disponible, el que se supone que empleará el público. Pero eso, por supuesto, es una hipótesis; en cualquier caso, las imágenes publicitarias dicen cómo imagina el fotógrafo, o cómo imagina el editor que el público las leerá –ese bucle es que el que resulta especialmente interesante.

Ostensiblemente, en los libros hay una serie de imágenes de gente que participó en el proceso electoral en esos años. El

propósito es producir una traducción concreta de una idea abstracta, o una serie de ideas abstractas: ciudadanía, democracia, participación. La vía más fácil para eso consiste en mostrar a un individuo cuya actitud permite que se le vea como encarnación de ciertos valores: los ademanes, los gestos que convencionalmente significan compromiso, responsabilidad, atención. No importa que no hayan sido posadas, las fotos se convierten en escenificación porque en el contexto son representaciones idealizadas de la ciudadanía.

Veamos por ejemplo la imagen que sirve de portada a la memoria de 2008-2009. Es un hombre mayor que deposita su voto en una urna. Lleva una camisa limpiísima, pero con desgarrones que son indicadores de pobreza, y un sombrero de palma que sugiere un escenario rural. Emplea las dos manos para poner el voto, con un gesto que indica cuidado, respeto, atención, responsabilidad. Sonríe. Ese momento es la democracia.

Ninguna imagen es nunca enteramente nueva. Conscientemente o no, eso no importa, todas remiten a otras imágenes de significado reconocible, en un repertorio más o menos extenso. Cualquier imagen de una persona rezando, las manos juntas, la vista hacia arriba, está repitiendo el gesto de innumerables figuras de santos. La imagen de una mujer que tiene en brazos a su hijo muerto es siempre trasunto de *La Piedad*. Igualmente hay en nuestro repertorio cultural varias imágenes que significan la voluntad popular, la soberanía popular. La más famosa a, la más beligerante también, *La libertad guiando al pueblo*, de Delacroix, también es muy conocido *El cuarto estado*, de Giuseppe Pellizza de Volpedo, que con frecuencia se usa en portadas de libros, en carteles de propaganda. Desde luego, no sirven como modelo para la

representación de la democracia de los libros del IFE. Vienen a la memoria otros cuadros. Por ejemplo, las imágenes de los capítulos dedicados a la capacitación recuerdan con frecuencia el cuadro de Vladimir Serov, *Campesinos visitan a Lenin*, con su acento densamente pedagógico, u otros, como el de Olga Yanovskaya, *Delegadas del VI Congreso*, de 1932. La gente alrededor de la mesa, la mirada seria, los papeles. Por supuesto, no significa que los fotógrafos del IFE trataran de reproducir aquellos cuadros, ni siquiera que los tuviesen presentes, pero esa escena con una infinidad de variaciones está en nuestro repertorio como una de las representaciones posibles de la democracia: puesta en contexto, sabemos lo que significa.

5

En lo que sigue, aparte de las consideraciones anteriores, que son casi sólo de sentido común, el único principio de método es muy simple, consiste en prestar atención a los detalles. No se trata de pasar por encima de la primera impresión que produce la imagen, sino de empezar precisamente por ahí, no de buscar algo oculto, sino lo que está ostensiblemente a la vista. Y con frecuencia, preguntar por lo más obvio.

El simbolismo no es evidente, como lo es en imágenes publicitarias, porque las fotografías no han sido compuestas para eso, no están posadas, o al menos no ostensiblemente posadas. Pero el propósito es que se vea.

Las fotos no quieren mostrar cómo actúan los ciudadanos en general, sino cómo pensamos que deben actuar los ciudadanos. La experiencia de ser seleccionado como funcionario de casilla, recibir a los empleados del IFE, asistir a la capacitación, implica sin duda sentimientos encontrados; casi cualquiera de

los encuentros concretos que aparecen retratados en los libros fue complejo, cargado de ambivalencia, inseguridad, desconfianza, pero en la foto tiene un sentido claro, rotundo, sin matices. Eso significa que en las fotografías lo que hay no son ciudadanos concretos, sino una imagen de la ciudadanía.

Otra vez, me refiero en particular a las imágenes del proceso de capacitación. Dicen que los ciudadanos mexicanos son virtuosos, y participan con alegría. Dicen que participan con alegría porque son virtuosos. Y dicen que los ciudadanos mexicanos deben ser virtuosos y deben participar con alegría.

Algo sobre el lenguaje de los libros

1

Existe un libro anterior, con fotografías de la elección del año 2000. Es muy diferente de los tres posteriores, y por eso mismo resulta útil como recurso de comparación. Para empezar, el título es mucho más enfático: *Memoria gráfica de la democracia 2000*. Y se entiende, desde luego. El libro está impreso en octubre de ese año, en la pleamar del entusiasmo de la transición democrática. En ese momento, la democracia era “sacar al PRI de Los Pinos”. Es un libro bastante menos voluminoso que los otros, con fotografías en blanco y negro, de reportaje periodístico. Sólo hay unas pocas, tres o cuatro, a doble página, y treinta y tantas de página entera, pero en la mayoría de los casos hay dos o tres imágenes en cada página.

La mitad del libro está dedicada a las campañas electorales. Son imágenes de los candidatos en campaña; aparecen dando entrevistas, rodeados de grabadoras, también en las escenas típicas: está Cuauhtémoc Cárdenas con varios atuendos indígenas, Porfirio Muñoz Ledo colocándose un inmenso penacho, Manuel Camacho en una alberca, Francisco Labastida bailando en un mitin, besando a un bebé, Vicente Fox a caballo, en patinete, en moto, tocando una tuba. Y hay también imágenes de los mítines: mantas, máscaras, camisetas, banderas, militantes que aplauden.

El resto del volumen está dedicado a la preparación de las elecciones, y a la jornada electoral. Las imágenes son parecidas a las que aparecerán en los libros de los años siguientes: empleados del IFE, ciudadanos que se preparan para ejercer como funcionarios de casilla, mamparas, urnas, mesas de votación. Algunas son tomas pintorescas, vistas originales por el paisaje: una pirámide, una puesta de sol, un primer plano de gaviotas, vestidos indígenas, y ciudadanos que votan: una monja, un marinero, campesinos. En general, la presencia del IFE es más bien discreta, aparecen algunos empleados en paisajes que parecen remotos, algunos en cursos de formación, y poco más.

No hay un argumento muy claro. Está el orden cronológico: primero la capacitación, luego las campañas, y la elección. Pero la secuencia de las imágenes no es muy obvia. Se puede ver la diversidad del país, gente muy distinta que acude a votar, y sobre todo las campañas, con su colorido folclórico. En la portada, un gran acercamiento a una mano que deposita un voto en una urna: el papel cuidadosamente doblado, la mano sujetándolo por una esquina de modo que sea visible la impresión en el reverso, con las siglas del IFE repetidas una docena de veces. La mano en la urna como sinécdoque de la elección como sinécdoque de la democracia.

Los libros de los años posteriores: 2006, 2009 y 2012, obedecen a un plan muy diferente. Lo primero que salta a la vista es que son mucho más voluminosos, con el doble de páginas, y con todas las fotografías a color: son libros más ostentosos, más parecidos a los de regalo o de fotografía artística. Y la organización de las imágenes está más claramente pensada para ofrecer un relato gráfico del proceso electoral, con el acento puesto en la actividad del IFE –y en particular, de los funcionarios y empleados del IFE, responsables de la capacitación. Algo que inmediatamente llama la atención: en el libro del 2000 los protagonistas son sin duda los candidatos, en el de 2006 ni siquiera aparecen.

La intención en todos los casos es subrayar el carácter “ciudadano” de las elecciones. En todos hay la estructura del proceso ordenada en tres momentos: la preparación, las campañas y la elección. Sólo que el espacio dedicado a las campañas se reduce drásticamente, hasta ser insignificante, y aumenta el de los otros dos momentos. O sea, que los políticos, y la política, son reducidos al mínimo.

La diferencia es elocuente. En el 2000 se trata de festejar un proceso extraordinariamente exitoso no sólo por la organización, sino sobre todo por el resultado, que contribuye de manera fundamental a darle credibilidad. La elección es creíble, y el IFE, por la derrota del PRI. La presencia del IFE en el festejo puede ser discreta, porque no está en duda. En 2006 la situación es casi la opuesta. La organización es fundamentalmente la misma, el problema es el resultado. El IFE está en entredicho. El libro, como no podía ser menos, es una reacción a eso que es propiamente una crisis de legitimidad, y para eso tiene que mostrar que es la gente la que hace las elecciones (de modo que el elogio de la ciudadanía sea un modo elíptico de hacer el elogio del IFE).

Me interesa ver ese discurso gráfico de legitimación en los tres libros siguientes: 2006, 2009, 2012, que puntúan la crisis de legitimidad del IFE hasta su desaparición.

2

La fotografía tiene siempre una particular aura de veracidad. Aparte de que se pueda señalar un montaje, si lo hay, es difícil dudar de lo que muestra una foto. Es algo que efectivamente sucedió, en ese lugar y de esa manera. A eso se debe su eficacia como recurso publicitario. Pero además las fotografías muestran cosas que no pueden decirse ni con argumentos ni con estadísticas –transmiten un clima moral.

El número de electores, el número de casillas, los porcentajes de votación, el número de incidentes, la explicación del procedimiento administrativo de la elección, el relato puntual de los hechos, no dicen lo mismo que la imagen de un anciano sonriente, sombrero de palma, camisa rasgada, que deposita su voto cuidadosamente, con las dos manos. Desde luego, en estricto sentido, los números pueden ofrecer una representación más realista –más cercana a la realidad, una mejor descripción. Pero la imagen tiene una autoridad distinta. Según la expresión de Barthes, la fotografía es una elipsis del lenguaje: lo que dice no necesita palabras. Y más: lo que dice está más allá de las palabras, es propiamente inefable, transmite el aire de la situación.

Por supuesto, ese absoluto realismo de la fotografía es engañoso. Sin duda había eso que aparece en la imagen, en cualquier imagen, eso sucedió, pero había también muchas otras cosas que no aparecen en la foto. Es inevitable. Porque no se puede incluir todo –el encuadre supone un recorte, una

selección, es decir, la decisión de omitir algo. Y para empezar, normalmente se omite la presencia del fotógrafo mismo. Pero de eso habrá que hablar más adelante.

Descontando ese inevitable recorte que implica el encuadre, en las fotografías de los libros hay un esfuerzo de representación natural. Salvo excepciones, se evita una imagen demasiado elaborada, “artística”. La iluminación, el color, la saturación, corresponden a una modalidad naturalista, que refuerza el efecto de verosimilitud: sin adornos, sucedió eso.

Adicionalmente, se omiten casi toda la información del contexto. No hay otros datos, fuera de la imagen. El texto que acompaña ocasionalmente, mínimo, no se refiere a lo que hay en las fotografías, sino a las normas del proceso electoral. Sólo en algunas, en el volumen de 2012, hay pie de foto en que se indica el lugar en que se tomó (puede ser algo tan impreciso como: Saltillo, Coahuila, o bien: Plaza principal de Toluca, Estado de México). No hay fechas, no hay nombres, es decir, falta toda la información que permitiría tratarlas como documentos. Esa omisión produce un nuevo contexto para las imágenes, que sólo pueden leerse como fragmentos del proceso electoral.

El sentido de una fotografía cambia cuando se omite la información sobre la situación concreta. Se borra la individualidad de quienes aparecen en ella, se borra la circunstancia, de modo que la imagen puede adquirir un carácter representativo: se trata de individuos anónimos, cuyo retrato forma parte de una serie, de modo que sirven para representar clases. Sin otra información, un hombre en una silla de ruedas representa a “los discapacitados”, una mujer con vestido indígena representa a “las indígenas”.

La omisión es importante. De hecho, es la clave de la retórica de los libros. Sabemos, o suponemos que detrás de cada escena hay un procedimiento burocrático para el que es indispensable la identificación de todos, funcionarios y ciudadanos, y el registro del lugar, y la hora, y que todo ello queda registrado en un expediente. No son encuentros aleatorios. Es decir, sabemos que todos los que aparecen han sido identificados. Pero no hay nada de eso en los libros, ningún rastro del registro burocrático, para que las escenas adquieran una significación genérica. El efecto resulta especialmente significativo en la serie de imágenes del libro de 2006 en que aparecen ciudadanos mostrando su credencial de elector: casi todos la muestran de modo que no se vean los datos personales, o la muestran desde una distancia suficiente para que no se distingan; son genéricamente portadores de credencial electoral, y cada uno representante que significa una categoría –es decir, una identidad que es casi exactamente la inversa de la que figura en su credencial.

Abro un paréntesis. La credencial, la exhibición de la credencial es importante en todos los libros, porque es importante en el proceso político mexicano. En términos prácticos, la credencial es un dispositivo logístico que permite organizar la votación: si coincide el nombre en la credencial con el nombre en la lista, y la foto en la credencial con la foto en la lista, y con el aspecto de quien la exhibe, entonces la persona puede tomar una papeleta y depositarla en la urna. Pero además la credencial es para nosotros una metáfora de la ciudadanía –significa igualdad, transparencia, participación.

Pero sigo. En la mayoría de los casos las escenas no son montajes, no han sido posadas, o no parecen haberlo sido, en todo caso lo mínimo para escoger el encuadre, la iluminación. Son espontáneas como las de un reportaje periodístico. Pero

han sido escogidas aquellas que muestran determinados gestos, ademanes, actitudes. Las fotografías son reales, aquello sucedió. Pero el conjunto induce inferencias muy concretas, deliberadamente pensadas. El contexto de las imágenes ha sido producido para que sirvan a un propósito publicitario –para que digan ciertas cosas.

Son libros de publicidad institucional, que es algo bastante común y corriente. Pero para hacer publicidad de su trabajo, el IFE hace publicidad de la democracia, y para eso tiene que hacer publicidad de las virtudes cívicas de los mexicanos. Ese bucle es lo que los hace interesantes. Como sucede con cualquier discurso gráfico, tienen que echar mano de las imágenes del repertorio cultural, y escoger las poses, actitudes, lugares, que transmiten el significado que sea –las que sirven para mostrar virtudes cívicas. Ahora bien, al escoger esas imágenes los autores de los libros dicen también algo de sí mismos, de los prejuicios, y las fantasías, y las asociaciones que hay en su imaginación. En resumen, los libros dicen qué imaginamos, o qué imagina nuestra clase política, qué imaginan los funcionarios del IFE cuando dicen “ciudadanía”.

3

Retomo el argumento. Las imágenes no se refieren a nadie de quienes aparecen retratados: no sabemos quiénes son ni tiene eso la menor importancia, porque tienen una función simbólica que requiere que su identidad se reduzca a su indumentaria, a algún defecto físico, a los rasgos de su edad. En el orden en que aparecen, en el modo en que se muestran, las imágenes sólo pueden ser leídas como manifestaciones de la democracia. Es lo que Panofsky llamaba el simbolismo iconológico, eso otro que se dice mediante una imagen, su contenido ideológico.

El orden de los libros corresponde a un relato muy sencillo, cuya estructura básica tiene tres partes: la preparación, la campaña, la elección. También hay, de extensión variable, un proemio y un desenlace –lo que sucede antes y después del proceso electoral. Y lo primero que salta a la vista, y resulta significativo, es el número de páginas que se dedica a cada una de las partes.

En cada apartado hay una serie de escenas típicas, que se repiten, y que sirven para hacer inteligible la secuencia. En el primero hay dos imágenes básicas: funcionarios del IFE en un paisaje más o menos agreste, que sugiere una particular lejanía, y funcionarios del IFE que explican algo a un ciudadano o un grupo de ciudadanos. En conjunto dicen que los funcionarios van a los últimos rincones del país para identificar, acreditar y capacitar a quienes serán funcionarios en las casillas electorales (por supuesto, la lejanía es la lejanía del horizonte urbano, y en particular de la Ciudad de México). En el tercer apartado, el que muestra el día de la elección, hay tres escenas recurrentes: ciudadanos tras una mampara, se supone que marcando su voto, ciudadanos que depositan su voto en la urna, y funcionarios de casilla que cuentan los votos.

La reiteración de las escenas: ciudadanos que se capacitan, ciudadanos que votan, hace que adquieran un carácter simbólico. Es siempre la misma escena, normalmente tomada desde un mismo ángulo. De modo que la atención se fija en lo que cambia de una foto a otra, y entonces destacan los atributos físicos, de indumentaria, del paisaje, que ponen en contraste a las imágenes. El mecanismo es muy sencillo. Pongamos un ejemplo muy obvio. Puestas una junto a otra, en la misma pose, desde el mismo ángulo, las fotografías de un niño blanco y uno negro dicen: fíjese en que uno es blanco

y el otro negro. Se borra el nombre, la identidad personal, para producir una identidad genérica (la ciudadanía), en una situación similar, y entonces lo que salta a la vista son las diferencias –pero, otra vez, no las diferencias personales, sino genéricas, para que puedan representar categorías: el trópico, los indígenas, los pescadores, la pobreza o la clase media.

En cada conjunto, los elementos constantes constituyen el *motivo* de la fotografía, de modo que los variables puedan tener un efecto taxonómico: salta a la vista lo que cambia de una imagen a otra, que adquiere un significado particular. En una secuencia, pongamos por caso, en que aparece una serie de manos que depositan votos en una urna, con gran aumento, es inevitable fijarse en las características de cada mano, en los rasgos que permiten saber que es de un hombre o una mujer, joven o viejo, o cualquier otra cosa que sirva como indicador.

Es el recurso básico para integrar una representación clasificatoria, taxonómica: se ponen los objetos, las personas, en un mismo contexto, normalmente en una composición simétrica, con la misma orientación, para que la comparación sea inmediata. El resultado es que se ponen de manifiesto las diferencias, que adquieren por eso un carácter simbólico –sirven para identificar clases. Puesto de otro modo, la exhibición de una identidad muy visible, lo que todos los objetos de la serie tienen en común, sirve para poner de relieve las diferencias. El mensaje central de los libros es ese: la igualdad de los ciudadanos como ciudadanos, a pesar de las diferencias (por eso hace falta que las diferencias se noten mucho).

El primer recurso para mostrar esa igual condición ciudadana de todos es emplear el paisaje como marcador de lugar. Las imágenes son reconocibles: se puede ver que se trata de la

selva, el desierto, la montaña, pero son genéricas. Muestran la variedad de paisajes que hay en México. No hace falta un inventario, una lista de los estados, porque la variedad opera como sinécdoque del país: los marcadores de lugar ponen de manifiesto la diversidad, y dicen “en todo el país”.

El segundo recurso consiste en mostrar rasgos contrastantes o rasgos típicos, con los que es posible identificar categorías de personas: edad, apariencia, indumentaria, calzado. Para exhibir la igualdad, y decir que participan todos a partir de su identidad como ciudadanos, es necesario mostrar personas de condición distinta. Las fotografías tienen que decir muy ostensiblemente: esta persona es rica, o es pobre, vive en la ciudad, es de clase media, campesina, indígena. Y para eso hace falta echar mano de un repertorio de signos que sea claro. La ropa es ideal para ese efecto, pero sirven también los lugares de trabajo, algunos detalles de la fisionomía, rasgos de identidad étnica. Por cierto, ya que estamos en eso, no está de más decir que en los libros no aparecen personas con rasgos que indiquen origen asiático ni africano, y casi nadie tampoco de rasgos nítidamente europeos: casi hay sólo tipos mestizos e indígenas.

En ocasiones lo que se subraya es la actividad. Los individuos dedicados a su tarea sirven como emblemas. En las imágenes no hay el registro fotográfico de un momento concreto en la vida de un tianguista o de un agricultor, o un vendedor de comida, sino la escenificación típica de un tianguis, un campo, un puesto de comida. No porque las escenas hayan sido posadas, aunque con frecuencia parece que se haya forzado un poco la postura, sino porque incluyen los elementos que convencionalmente hacen reconocible una actividad concreta, de modo que la imagen representa a un tipo humano. El modelo